

ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID

La Ilustración



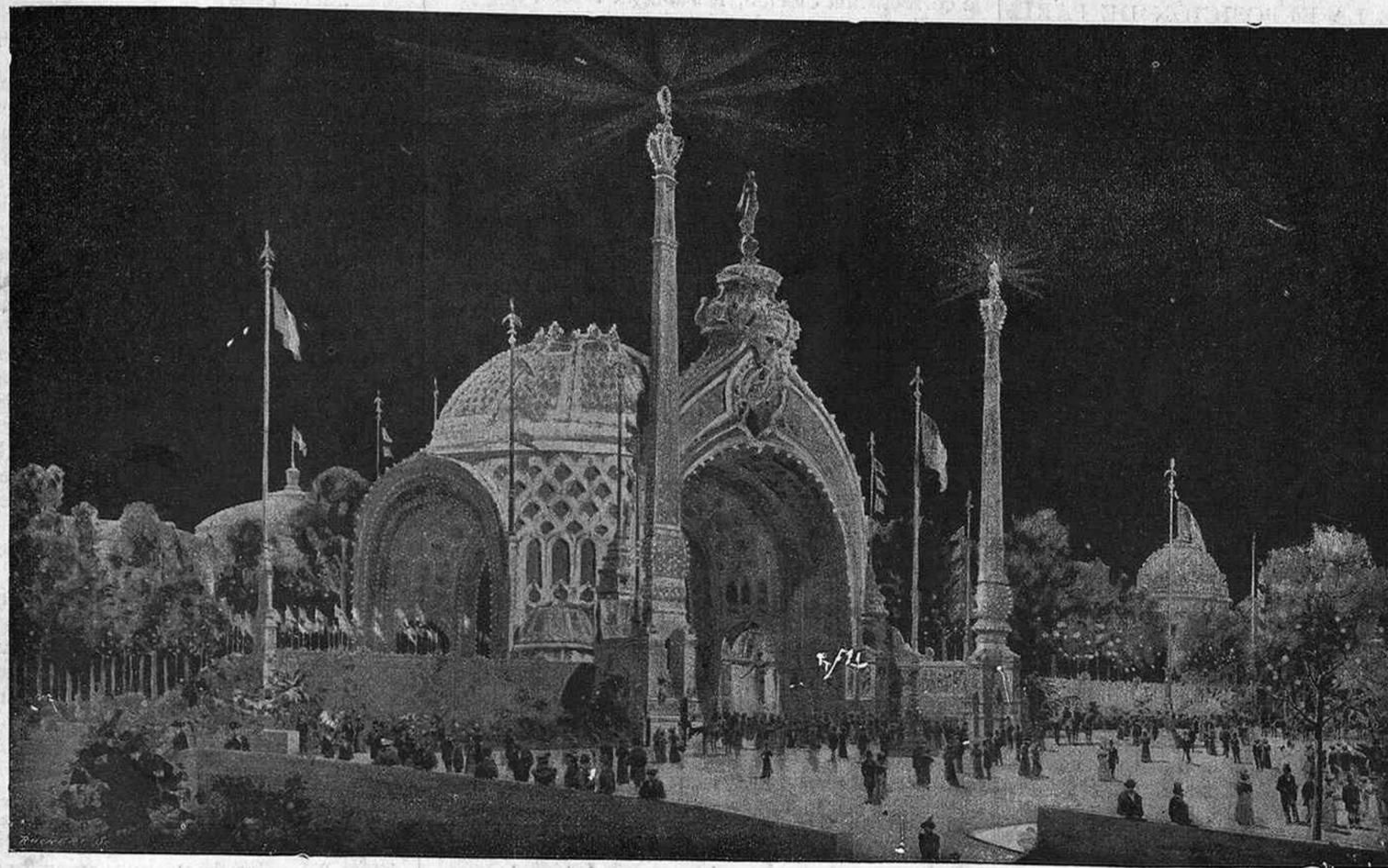
Artística

Año XIX

BARCELONA 16 DE JULIO DE 1900

Núm. 968

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. - LA PUERTA MONUMENTAL, ENTRADA PRINCIPAL DE LA EXPOSICIÓN

ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. - PERSPECTIVA DE LA AVENIDA DE NICOLÁS II, DEL PUENTE ALEJANDRO III Y DE LA EXPLANADA DE LOS INVÁLIDOS.
En primer término: á la izquierda, el Pequeño Palacio de Bellas Artes; á la derecha, el Gran Palacio de Bellas Artes. En el centro, la Avenida de Nicolás II y los jardines.
En segundo término, los pilastrones del puente Alejandro III. En el fondo, los palacios de la Explanada y la cúpula de la capilla de los Inválidos.

ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID

SUMARIO

Texto.—Crónicas de la Exposición de París, por Juan B. Enseñat. — La Exposición de París, por C. — El gran Davirón (Tipos de provincia), por José M. Matheu. — Guerra anglo-boer, por A. — Nuestros grabados. — Problema de ajedrez. — Los dos pilletes, novela ilustrada (continuación). — Ateneo barcelonés. Exposición de radiografía, por X. — Ensayos de electrocultur. — Libros recibidos.

Grabados.—Exposición Universal de París. La puerta monumental, entrada principal de la Exposición. — Perspectiva de la Avenida de Nicolás II, del puente Alejandro III y de la Explanada de los Inválidos. — Palacio de España. — El Pequeño Palacio de Bellas Artes. — Palacio de los Estados Unidos. — El Gran Palacio de Bellas Artes. — Palacio de las Manufacturas Nacionales. — Palacio del Camboage. — Palacio de Madagascar. — D. Pablo Casals. — Conflicto chino. La gran muralla. — Plano de la misma. — La visita de la madre, cuadro de E. Paternina. — La buenaventura, cuadro de José Llovera. — Cantares andaluces ilustrados, dibujo de J. García y Ramos. — Guerra anglo-boer. Soldados ingleses. — Cabeza de estudio, dibujo de A. Fabrés. — Radiografía de un feto de nueve meses. — Exposición de radiografías de los Sres. Comas y Prió en el Ateneo Barcelonés.

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

Faltaríamos á los deberes que la actualidad impone al cronista si no intercalásemos en el estudio técnico y en la descripción artística de la Exposición la reseña de los principales sucesos que diariamente le prestan color, movimiento y vida.

Hemos procurado dar una idea general del escenario grandioso en que se representa la apoteosis del siglo XIX, y algo hemos de decir de las escenas culminantes que en él se desarrollan.

En la serie de fiestas de la Exposición, no es extraño que la del automovilismo haya llegado la primera; y ha venido á ser, en Vincennes, un ensayo general de la inauguración de este desairado anejo del Gran Concurso.

La fiesta resultó hermosa y animada. Más de cuatrocientos automóviles tomaron parte en el torneo, y pasarían de mil los que acudieron sin entrar en liza. Las evoluciones practicadas á la voz de mando de un oficial superior del ejército entusiasmaron al público que llenaba las inmediaciones de la pista. En las tribunas abundaban las mujeres elegantes, cuyos trajes de vivos colores, jovial anuncio del verano, brillaban alegremente al resplandor de un sol espléndido.

En el desfile, en que se distribuyeron cintas y banderas, fueron saludados con aplausos entusiastas los automóviles que se habían distinguido en el concurso y los que se presentaban adornados con bonitas combinaciones de flores.

Retiróse de Vincennes el público elegante, y acampó á la sombra de los árboles el pueblo soberano. Muchas familias formaban grupos pintorescos comiendo sobre el césped. Y al anochecer, un gentío inmenso reunióse en torno del lago para presenciar las iluminaciones, que resultaron magníficas.

La segunda fiesta celebrada en el mismo anejo que la Administración procura animar, ha sido el 26.º concurso federal de las sociedades gimnásticas de Francia. Es el cuarto que se verifica en París. El del año próximo tendrá efecto en Niza.

Esta fiesta ha reunido aquí á doce mil gimnastas de todos los departamentos franceses. Quinientas sociedades se adhirieron á ella, y trescientas cincuenta han enviado delegaciones con sus respectivos estandartes. Los organizadores proyectaban invitar, según costumbre, á los gimnastas belgas y suizos, que forman un contingente de mil individuos por cada una de estas dos naciones. Pero la Comisaría general puso por condición que se invitara á las sociedades gimnásticas de todas las naciones, ó que no se invitase á ninguna, y se optó por lo último.

Sin embargo, han concurrido libremente á la fiesta los Sokols, gimnastas húngaros, con sus vistosos uniformes.

La Comisaría de la Exposición ha subvencionado la fiesta con cien mil francos, y el ministerio del Interior con sesenta mil; cantidad no muy crecida, si se tiene en cuenta que, además de los gastos del concurso, se ha debido atender á los de viaje y estancia en París de tantos miles de personas.

La fiesta duró dos días. El primer día la presidió el nuevo ministro de la Guerra, cuya presencia dió margen á una manifestación popular en favor del ejército. El segundo día presidióla M. Loubet, quien hizo en un discurso la solemne declaración, muy comentada luego, de que no presentaría su candidatura para ser reelegido presidente de la República á la expiración de su mandato.

La variedad de uniformes, la ordenada ejecución de sorprendentes ejercicios y el desfile marcial de las sociedades con sus estandartes y banderas, ofrecían un espectáculo pintoresco, animado y alegre, que la muchedumbre inmensa de espectadores no se cansaba de aplaudir.

La fiesta tuvo por epílogo una brillante recepción nocturna, con ambigü y concierto, en la Casa de la Villa, iluminada á giorno.

Mientras tanto, se inauguraban en el Trocadero los grandes conciertos oficiales de la Exposición, con un programa y una interpretación de primer orden.

A juzgar por la calurosa acogida hecha por el público al maestro Taffanel y á la admirable falange de artistas que dirige, estos conciertos constituirán uno de los éxitos más considerables de la Exposición.

Como entrada en materia, hemos tenido la primera audición del *Fuego celeste*, de Saint-Saens, vibrante apoteosis de esa deidad del día que se llama la Electricidad. El poema, de Armand Silvestre, ha sido magníficamente realzado por la música.

Después de un corto prelude, estallan las amplias sonoridades del órgano, dominadas por la claridad de los violines. Una voz humana recita las conquistas del progreso hasta la Electricidad, simbolizada por brillante trompetería. ¿Qué simbolismos y qué expresiones no se obtienen con la música? Una soprano de correctísima dicción, la señorita Ackté, canta las maravillas de la luz eléctrica con rápido acompañamiento de violines, y los coros, en una pomposa fuga, ensalzan al precursor Prometeo, sublime ladrón del fuego.

La obra del genial compositor fué muy aplaudida, como lo fueron algunos números de música retrospectiva de Jennequin, Lully, Rameau, Gretry y Glück; los melodiosos coros del *Ulises*, de Gounod, y una escena del *Romeo y Julieta*, de Berlioz, que figuraban en el programa.

Pero ninguno de los conciertos del Trocadero ha despertado tanta curiosidad como los que han venido á dar los estudiantes de Upsal con algunos de sus profesores. Esto se explica porque se trata de una falange de cantores excelentes, que producen una bella sensación artística, y porque esos hijos del Norte, actuales representantes de una de las universidades más antiguas del mundo, son verdaderamente interesantes por sus costumbres, que arrancan de un profundo sentimiento de solidaridad. Las costumbres cambian en Suecia como en todas partes; pero en la vieja ciudad de Upsal cambian sin romper las venerandas tradiciones, que no debían ser muy malas cuando así han resistido á la acción del tiempo.

Upsal es una especie de república federal dividida en naciones, y cada nación la forman los estudiantes de una misma provincia. La experiencia ha demostrado que este sistema establece un compañerismo efectivo que no se encuentra, en igual grado, en ninguna otra parte del mundo.

Las naciones tienen su vida propia, independiente, bajo la amistosa y familiar autoridad de un profesor elegido por cada una de ellas. Se administran á su antojo, con sus fondos particulares, su consejo de disciplina, sus usos y costumbres.

La federación elige un consejo que tiene á su cargo los asuntos de interés general, ó sean los que conciernen á la propia universidad.

El gobierno sueco deja á los estudiantes en absoluta libertad. Todo se resuelve por medio de elecciones, ya en el seno de cada nación, ya en la universidad considerada como cuerpo constituido. Hasta el rector es elegido por el sufragio de los profesores. Y las elecciones se verifican siempre alegremente, con acompañamiento de ese exquisito *punch* sueco que tan fácilmente embriaga á los que no tienen costumbre de beberlo, y que los hijos del país absorben impunemente en cantidades fabulosas.

Entre los cantores que han venido á París á demostrar que la música sigue siendo la principal distracción entre los alumnos de la vieja universidad sueca, figuran casi tantos ex alumnos como actuales estudiantes y un considerable número de profesores. La solidaridad y el compañerismo de los alumnos subsisten aun después de terminados los estudios universitarios, y cualquiera que sea la posición que ocupe el ex estudiante, acude al primer llamamiento del cuerpo escolar.

Desde el momento que se trató de su viaje á París, los veteranos de la unión coral acudieron con su gorra blanca de estudiante, animando á los bisoños.

Y les hemos visto confundirse amigablemente en recepciones y paseos, y cantar con admirable ajuste y colorido himnos patrióticos como el que dice:

*¡Escúchanos, Svea (Suecia), madre de todos nosotros!
Haznos luchar por tu bien hasta la muerte.
Jamás te haremos traición;
Recibe nuestro juramento, siempre inquebrantable.
A toda costa defenderemos
El país libre que todavía es nuestro,
Cada parcela de la herencia
Que dejaste en nuestras casas y en nuestros campos.
Pero si por la astucia ó la felonía,
Por la discordia y la violencia, eres amenazada,*

*Confiamos en el Eterno,
Como un tiempo confiaron nuestros padres.
Bello es, pues, muy bello
Ser vencedor en el combate;
Pero más bello todavía,
¡Oh, madre!, morir por ti.*

Y las voces sonoras, confundidas en magníficos acordes, forman como olas de armonía, que parece levantar el espíritu patriótico de la Suecia, el alma de aquellos guerreros que, en tiempo de Carlos XII, se desencadenaron como un huracán sobre Europa, y conservan en grado sumo el amor al país, el culto de las tradiciones y la sangre sin mezcla de viejos normandos.

Al ver agrupados en el escenario del Trocadero, con su gorra universitaria en la mano y el himno nacional en los labios, aquellos cantores en que célebres médicos, ilustres abogados y sabios estadistas se confundían con los estudiantes, no podíamos menos de recordar las tradicionales costumbres de la famosa universidad del Norte, en que los mismos reyes de Suecia estudian dos años, haciendo vida escolar con sus súbditos; y pensábamos en la fuerza que da á las naciones el sagrado culto de todo lo que mantiene vivo el sentimiento de la patria.

El espíritu de independencia es tradicional en la vieja universidad sueca. Entre mil ejemplos que lo demuestran, se puede citar la anécdota siguiente.

Uno de los hijos del rey, el príncipe Eugenio, llegó á Upsal y pretendió ser admitido en seguida como dignatario de la nación que había elegido. Su condición de príncipe daba á pasar por encima de la regla? Se puso el caso á votación y el voto no le fué favorable. El príncipe aceptó gustoso el fallo y se resignó á seguir el escalafón ordinario. Pero tan pronto como se hubo sometido á la decisión del sufragio, sus compañeros se apresuraron á ofrecerle un puesto de honor. ¡Ay del que atentase á las viejas libertades y á los seculares privilegios de la universidad de Upsal!

Como complemento de las fiestas de la Exposición, deben citarse las que los presidentes de la República y de las Cámaras y los ministros celebran en este momento.

La más notable, la más artística de estas fiestas oficiales ha sido la que M. Deschanel, presidente de la Cámara de Diputados, ha dado en el Palacio Borbón.

El parque del palacio había sido transformado en inmensa rotonda, con un escenario vastísimo en que se representó un *apropósito* de espectáculo digno del mayor elogio. Este figuraba las provincias de Francia visitando la Exposición. La personificación de las provincias y de la ciudad de París fué confiada á célebres artistas de los teatros subvencionados. En un telón de fondo que se desarrollaba lentamente, iban pasando ante la vista del espectador las diversas regiones francesas, hasta que, en una apoteosis final, aparecía París con su Exposición. No puede concebirse nada más bello ni más fantástico, como no sea la Exposición misma en las noches de iluminación general.

Es una ciudad de luz dentro de la gran ciudad. ¡Qué hermosas, qué sorprendentes perspectivas entre el Trocadero y el palacio de la Electricidad! ¡Qué fantástica visión en las márgenes del Sena que se extienden entre los puentes de Jena y de Alejandro!

Palacios, restaurantes, mezquitas, kioscos, pagodas y cafés cantantes, catedrales y pabellones, todo se inunda de luz, bajo la nocturna bóveda del cielo, que parece más profunda y como apartada de tan brillantes resplandores.

El castillo de agua funciona al fin sin deficiencias, y las cascadas multicolores juegan á capricho de los focos eléctricos bajo la monumental crestería de luz que remata el grandioso palacio de la Electricidad.

El parque del Trocadero da la ilusión de una fantástica ciudad oriental, escapada de un cuento de *Las mil y una noches*.

Pero el gran espectáculo es el brazo sombrío y reflector del Sena, bruscamente estrechado por los palacios de la calle de las Naciones y los invernáculos de la Villa de París.

El río parece una corriente de lava que arrastra llamas y reflejos.

¡Y qué gentío en los pórticos inferiores de la calle de las Naciones, donde alegres orquestas tocan en cafés y restaurants!

¡Y qué muchedumbre tan apiñada en la calle de París, entre once y doce de la noche! Después que la *retreta* ha barrido al público del Campo de Marte, del Viejo París, de la calle de las Naciones, de los jardines de la Exposición, la gente afluye á la calle de París, que goza el privilegio de permanecer abiertas hasta media noche.

JUAN B. ENSEÑAT.

LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

En el presente número comenzamos la publicación de las vistas y edificios principales de la grandiosa exposición con que ha querido la capital de Francia solemnizar la conclusión del siglo XIX.

En sus crónicas quincenales, nuestro distinguido colaborador Sr. Enseñat ha descrito la mayoría de los palacios y pabellones que iremos reproduciendo; así es que en este artículo y en los sucesivos nos limitaremos á describir lo que no ha sido todavía objeto de aquellos trabajos, ó á ampliar, en algún caso, lo que en ellos se ha explicado.

Y sin más preámbulo, diremos algo acerca de la puerta monumental, del puente Alejandro III, del palacio de las Manufacturas nacionales y de los palacios del Cambodge y de Madagascar. Las descripciones de los demás grabados que hoy publicamos las encontraran nuestros lectores: la de la perspectiva de la avenida Nicolás II, del puente Alejandro III y de la Explanada de los Inválidos, en el número 945; la del Palacio de España, en el 951; la del Pequeño Palacio de Bellas Artes, en el 945; la del Gran Palacio, en los 947 y 949, y la del pabellón de los Estados Unidos, en el 963.

La gran puerta monumental, á la que preceden dos artísticos pilastrones coronados por focos eléctricos, ábrese á la entrada del Cours-la-Reine y constituye uno de los *clous* de la exposición, así por sus dimensiones imponentes, como por su decoración brillante. Fórmanla tres grandes arcos iguales de veinte metros de luz, sobre cada uno de los cuales álzase una cúpula que cubre una superficie de 500 metros cuadrados. El arco principal se resuelve en una especie de frontón, en cuyo centro destaca la proa del

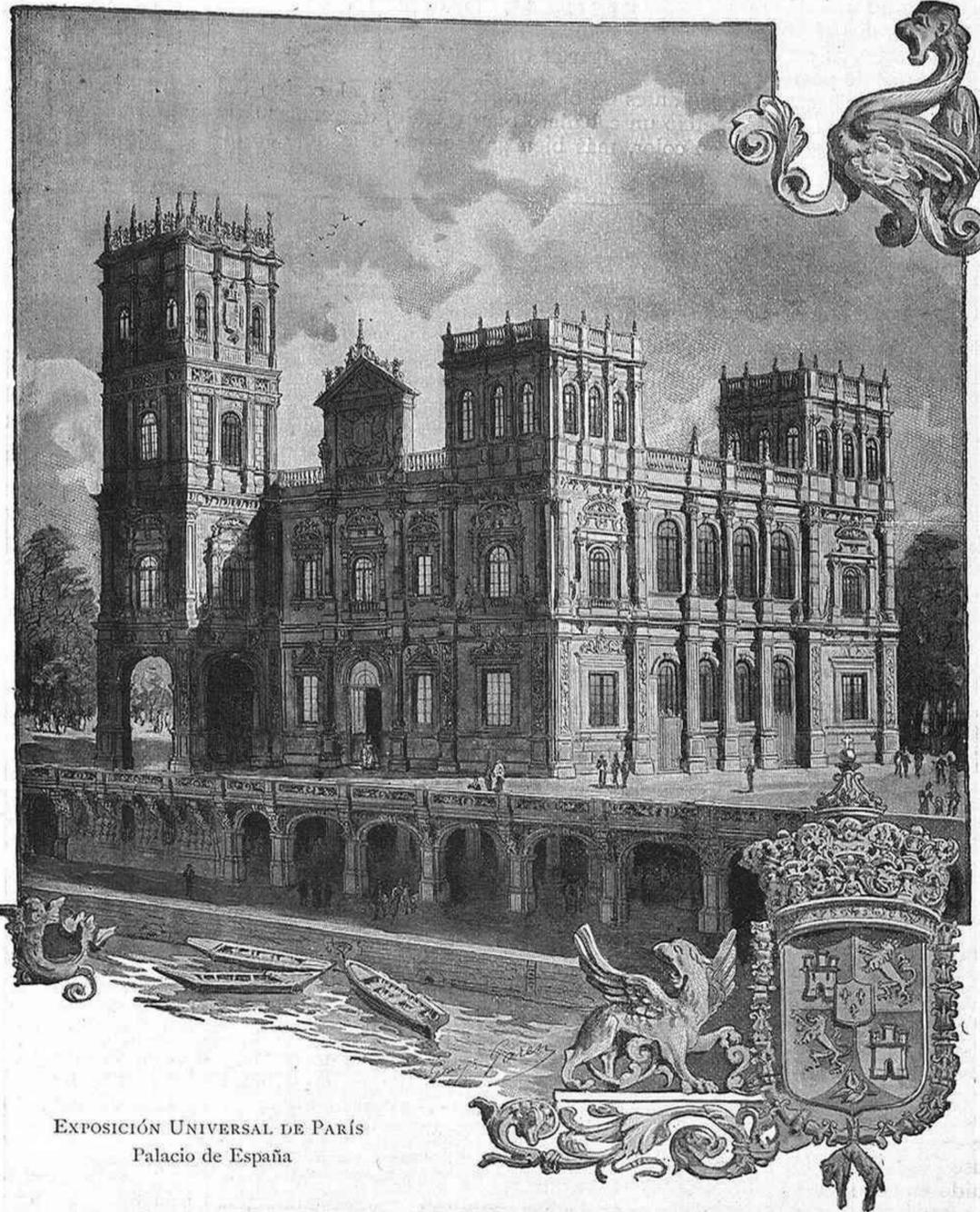
barco de la ciudad de París, sobre la cual canta el gallo galo. Encima, y á una altura de 35 metros, se alza la estatua de Moreau Vautier que representa la ciudad de París en actitud de recibir á los que

armazón del puente se compone de 15 arcos de acero articulados á fin de evitar las contracciones y dilataciones de una masa tan enorme de metal bajo la influencia de las variaciones atmosféricas. El princi-

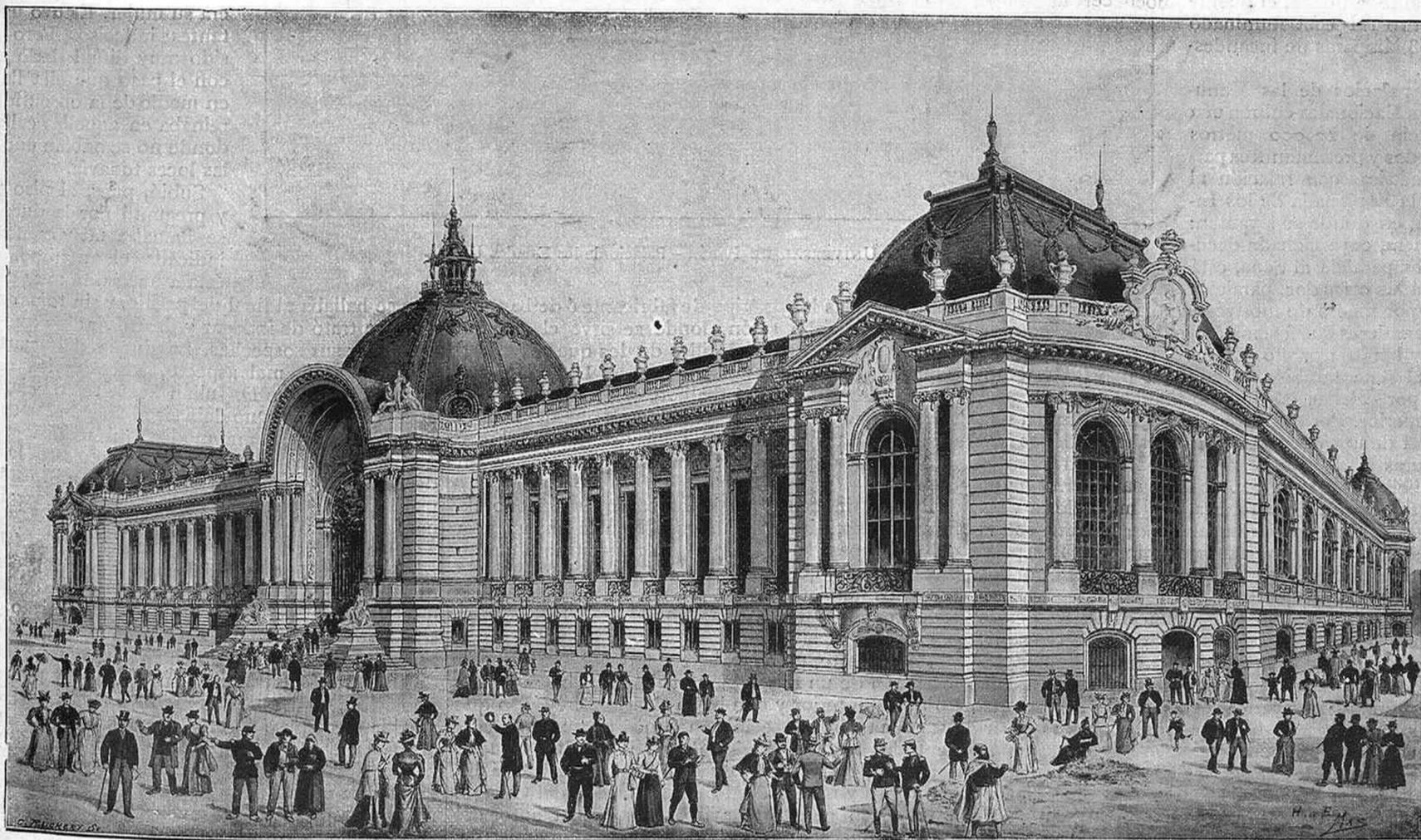
acuden á la capital para visitar la exposición: rompiendo atrevidamente con la tradición de las alegorías clásicas, el escultor ha reproducido una parisiense de nuestros días, vestida á la última moda y de aspecto á la vez altivo y seductor. A cada lado del arco hay dos frisos modelados por Guillot que son una alegoría del trabajo y cada uno de los cuales tiene 9'50 metros de largo por 2'16 de alto.

El color general del monumento es blanco crema, pero todas las partes del mismo están cubiertas por un decorado policromo cuyos tonos encarnado, oro y negro producen el mejor efecto y le dan un aspecto á la vez lujoso y artístico. Combinadas con esta decoración hay 3.116 lámparas de incandescencia de diferentes formas y colores; y como además hay 12 lámparas de arco sobre la cúpula y los alimbares y ocho lámparas con reflectores proyectores y 16 con reflectores sencillos, cuando por la noche están encendidas todas estas lámparas el espectáculo resulta verdaderamente mágico: nuestros lectores podrán formarse idea de él por el grabado que publicamos.

El puente Alejandro III, cuya entrada se ve en el fondo del grabado que publicamos en la primera página, responde á la necesidad de abrir una nueva y amplia vía de comunicación entre las dos orillas del Sena. El puente, que cruza el río algo oblicuamente, está constituido por un solo arco de 107'50 metros de luz, cuya clave está á 8'08 metros sobre el nivel medio del agua y á 6'30 del de las grandes avenidas. El



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS
Palacio de España



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. - EL PEQUEÑO PALACIO DE BELLAS ARTES

pal decorado de esta obra, considerada como una de las más hermosas en su género, consiste en dos altos pilastrones de piedra situados en cada una de sus entradas y cuyo objeto es que sirvan de puntos de perspectiva á fin de dirigir desde los Campos Elíseos hasta la cúpula de los Inválidos la mirada que de lo contrario, según frase de los arquitectos, podría perderse en aquellos vastos espacios. Estos pilastrones son de piedra, cuadrados y flanqueados por cuatro columnas de estilo neojónico; al pie de cada uno de ellos hay un elevado zócalo con una estatua que representa á la Francia en una de las épocas de su historia; en sus caras principales, entre las columnas, se ven trofeos con atributos ó escudos, y en lo alto de los mismos, grupos de Famas y Pegasos de bronce dorado de bellísimo efecto. Cuatro leones conducidos por niños decoran las entradas del puente, delante de los pilastrones. El puente está adornado en toda su longitud con gran riqueza de molduras, guirnaldas, escudos con las armas de la ciudad de París y de Rusia, etc.; la balaustrada es de bronce y cobre, y los candelabros, dispuestos á cortas distancias uno de otro, son en extremo elegantes.

Las perspectivas que se ofrecen al espectador colocado en medio del puente no pueden ser más variadas: de una parte, el puente de la Concordia con la Cámara de Diputados y los edificios de la plaza de la Concordia, y en el fondo los árboles del jardín de las Tullerías; de otra, la calle de las Naciones y los palacios de Horticultura y Arboricultura; por el lado de los Campos Elíseos, un bosque de verdura sobre el cual se destacan la puerta monumental y los palacios de Bellas Artes, y por el de la Explanada de los Inválidos, los jardines, el palacio y la cúpula dorada cuyos hermosos detalles se aprecian desde allí en todo su valor.

Durante la noche, el puente Alejandro III está iluminado por 508 lámparas de incandescencia.

Los palacios de las Manufacturas Nacionales cubren una superficie de 12.000 metros cuadrados y presentan tres partes simétricas con relación al eje de la Explanada de los Inválidos, en donde se levantan: la primera, cuya fachada decorativa es paralela al Sena, está unida á las otras dos, paralelas al eje, por medio de motivos arquitectónicos, de pórticos circulares que forman dos pabellones de entrada de muy bonito aspecto. La parte de los palacios paralela al Sena también termina en pabellones coronados por caladas cúpulas destinadas á alumbrar el piso superior. Por el lado de la Explanada, y en una longitud de unos 100 metros, los palacios de las Manufacturas Nacionales están divididos en tres partes por pabellones, á cada uno de los cuales corresponde un pórtico y una gran terraza, desde donde la vista se extiende sobre los jardines y en cuyas paredes del fondo se ven grandes pinturas decorativas. Los palacios terminan en un pórtico circular flanqueado por dos pilastrones que da acceso á una escalera monumental, por medio de la que se comunican con los demás edificios que se levantan hasta la calle de Grenelle.

En el palacio de Cambodge encuéntrase una reproducción exacta de la célebre montaña de Pnom-Penh, en cuya cumbre se elevan la pagoda y el «Pnom,» especie de monte sagrado de 10 metros de altura que sirve de monumento funerario.

El palacio de Madagascar es un edificio circular al que se llega por un puente que lo pone en comunicación con el Trocadero y comprende un gran panorama pintado por M. Tinayre que representa la toma de Tananarive y varios dioramas que dan una idea de aquella gran isla. — C.

EL GRAN DAVIRÓN

(TIPOS DE PROVINCIA)

Poco antes de obscurecer entró en el casino del Comercio un caballero bien vestido, de regular talla y buen color, más bien grueso que delgado, con bi-

ahora, al encontrarse con el segundo insistiendo tan porfiadamente en la acusación que dirigía á la culpable, no pudo menos de sentir la horrible punzadura de los celos. No habría fundamento para sospechar, eso de seguro; pero amaba todavía á su mujer, joven y hermosa, y bastaba la más leve sospecha para sentirse inquieto, preocupado y torturado por mil abominables recuerdos que le sugería su imaginación. Recordaba, como si fueran de ayer, ciertas historias y anécdotas que se habían contado allí mismo, alrededor de la mesa, de ciertos maridos sobradamente crédulos y confiados en el amor de sus mujeres. No faltaba algún amigo que los hubiese prevenido de un modo indirecto ó por algún anónimo, pero aquella sencilla confianza los había perdido.

Como asaltado por repentina idea, se abrochó D. Julián el gabán de color ceniza que llevaba puesto, por ser los últimos días del otoño, y salió del casino con paso apresurado, como si le faltase tiempo para llegar al punto de la cita. Directamente se encaminó hacia la calle del Cuervo y luego á la casa misma que le señalaban en el anónimo. Empezaba á caer esa lluvia mansa, menudita y fría, propia de los días de invierno, que va mojando y calando la tierra hasta formar extensos barrizales. Por esto sin duda iba pegadito á las paredes, y al levantar la vista para fijarse en los números de las casas, vió salir de un portal una señora con el paraguas abierto y que á causa de la sombra que éste proyectaba sobre su rostro no le fué posible conocerla. Pero al verla salir tan de prisa sintió un profundo estremecimiento, como la impresión del que andando sobre un terreno movedizo siente que se hunde repentinamente bajo sus pies. Por la estatura, por el aire, por el color mismo del traje hubiera dicho sin vacilar que aquella señora era su mujer. Estuvo unos instantes indeciso. Pero habría sido muy difícil darle alcance con el paso que ella llevaba y en medio de la obscuridad que reinaba en aquellas callejas en donde no se habían encendido las luces todavía.

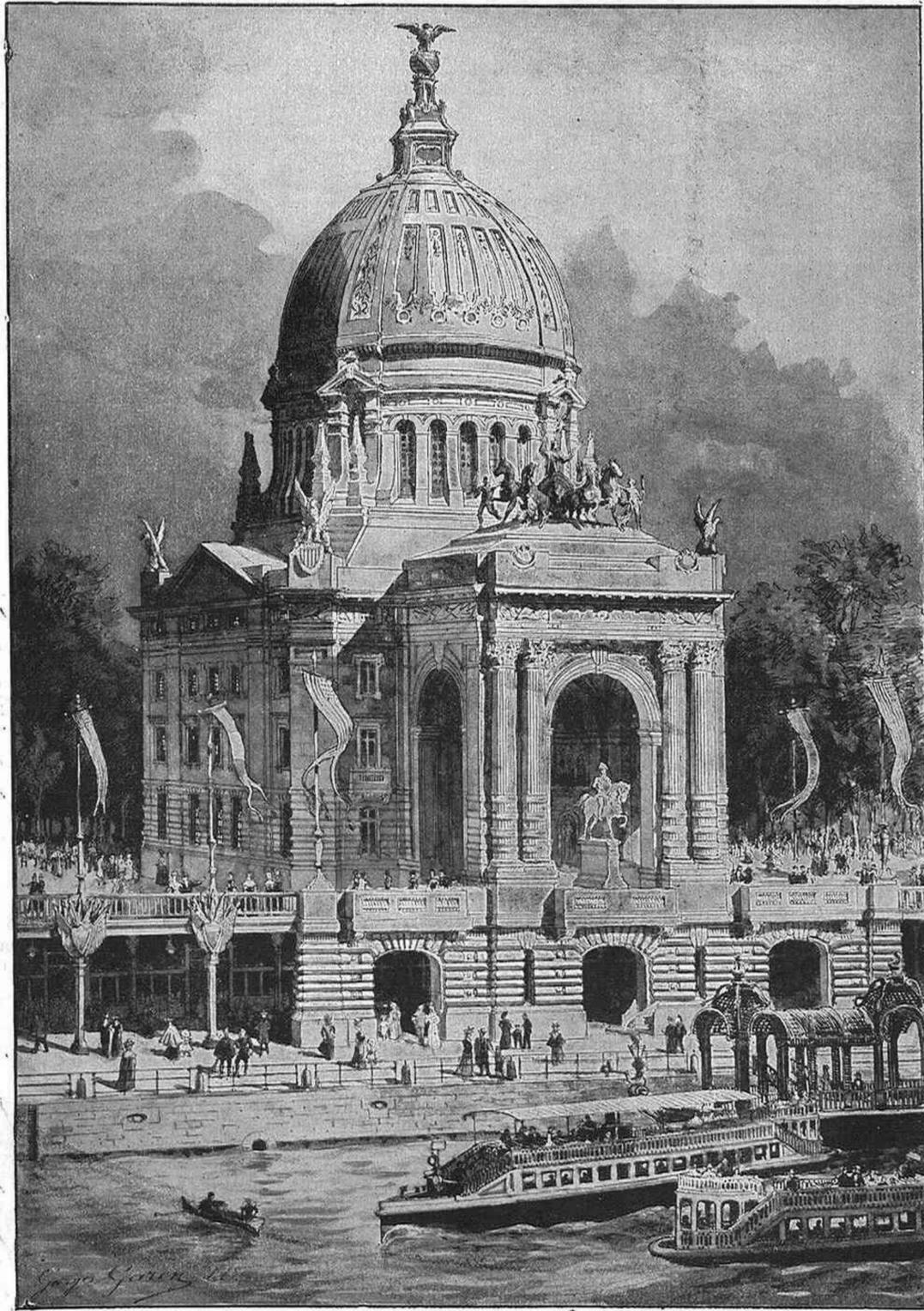
Subió, pues, al piso tercero y preguntó por la dueña, que se llamaba tal y conforme lo indicaba el anónimo. Guióle ésta á una salita muy modesta

que se hallaba al final del pasillo, y sin tomar asiento siquiera trató de indagar y descubrir algo que pudiera aclarar sus sospechas. La dueña del cuarto, que tampoco tenía mal aspecto, ignoraba los diversos pormenores á que D. Julián hacía referencia, no conocía á la señora que debía ir allí según las señas de su persona, ni ella era modista, ni recibía encargos particulares de nadie. A pesar de todo esto, D. Julián desconfiaba y pensaba luego para sí: «Si esta no es una señora decente, como parece, debe ser una tunanta de tomo y lomo.»

Mientras interrogaba á la susodicha hablábale ocurrido la idea de volver á escape á su casa, de modo que en cuanto se despidió de ella se lanzó á la calle, que no estaba lejana de la plaza del Correo, donde solían situarse algunos coches de alquiler. Corrió á tomar el último que había quedado y le dió las señas de su casa. Cruzaron á buen paso una parte de la población, y en cuanto se vió en la proximidad de aquélla se dispuso á abrir la portezuela y á saltar á la acera. Le había pagado de antemano; así es que sin perder tiempo subió las escaleras de su casa con toda la ligereza que le permitían sus piernas, ágiles aún y robustas, y preguntó á la muchacha que salió á abrirle:

— ¿Ha venido ya la señora?

— Todavía no, y me extraña mucho, porque la señorita...

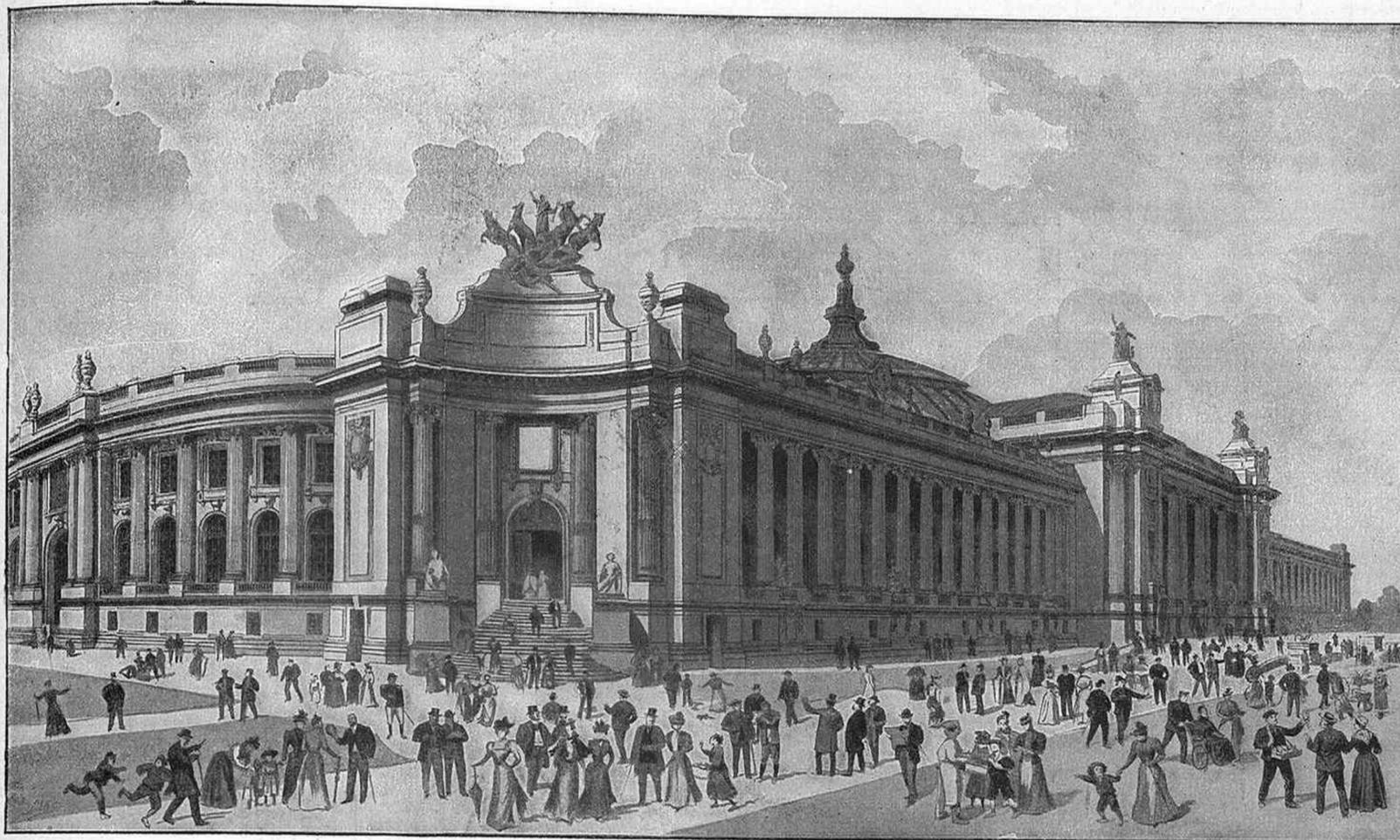


EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. — Palacio de los Estados Unidos

gote y patillas largas, tipo de fabricante ó de banquero. En el amplio salón donde se sirve el café no había más que dos viejecillos de los que se retiran temprano de su acostumbrado paseo. D. Julián, que así se llamaba nuestro caballero, se acercó á los cristales de uno de los cuatro balcones que daban á la calle, echó una mirada al reloj y contempló brevemente el espacio que ante sí tenía, sin fijarse en ningún detalle.

Parecía indeciso; y sin embargo, su fisonomía franca y expresiva revelaba más bien la impaciencia del que espera la hora de algún negocio importante y decisivo. Se quitaba de vez en cuando los lentes de oro y los limpiaba como si estuvieran empañados, todo lo cual indicaba que el hombre se hallaba preocupadísimo.

Y en efecto, preocupábale en aquel momento la intención de un miserable anónimo que había recibido por el interior y que hubo de abrir creyendo que fuese una carta. Decíanle en él que su mujer, á pesar de todas las apariencias de su invariable y buena conducta, debía acudir aquella misma tarde, á las seis ó seis y media, á tal casa de la calle del Cuervo. Y no era lo peor este aviso, sino que el autor del anónimo insistía por segunda vez por pura amistad y desinterés, según afirmaba. Molestado por el primero, no quiso D. Julián darle la menor importancia; pero



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. - EL GRAN PALACIO DE BELLAS ARTES

- A mí también. ¡Ah!, oiga: ¿se ha llevado paraguas?
 - Sí, señor: como estaba nublado...

De nuevo sintió D. Julián aquel profundo desasosiego que hubo de causarle la sospecha de que la señora que salía del portal consabido fuese su propia mujer, y se dirigió á su despacho para estar solo y reflexionar con calma sobre aquella triste y dudosa situación. Su idea de tomar un coche y adelantarse se había realizado felizmente, y esto le permitía salir al encuentro de ella y observar aquel rostro amado que para él nunca tuvo secretos. Si el rostro es espejo del alma, como cree la gente, algo debería transparentarse en aquél del abominable intento, en el caso de que fuese culpable. A los pocos minutos se oyó la campanilla de la puerta. D. Julián corrió con

prisa al recibimiento con un quinqué en la mano.
 - Vamos, vamos, mi señora doña Felisa, buena horita de volver á casa, exclamó el marido, clavando en su mujer una de esas miradas que intentan penetrar en el fondo, con el ansia del que busca en una tempestad desecha el miserable albergue donde guarecerse.

- Es que ahora llueve mucho más que antes. ¿Me esperabas hace rato ó acabas de llegar en este momento?, interrogó ella á su vez contemplando con alguna fijeza la fisonomía de su marido.

- Te esperaba hace rato, y por eso mismo... ¿Sabes qué hora es?

- ¡Hombre!, no debe ser muy tarde, porque...

- Las siete y media muy largas de talle. Y esta

noche precisamente que quería adelantar la hora de la cena...

- ¡Mire usted qué casualidad!

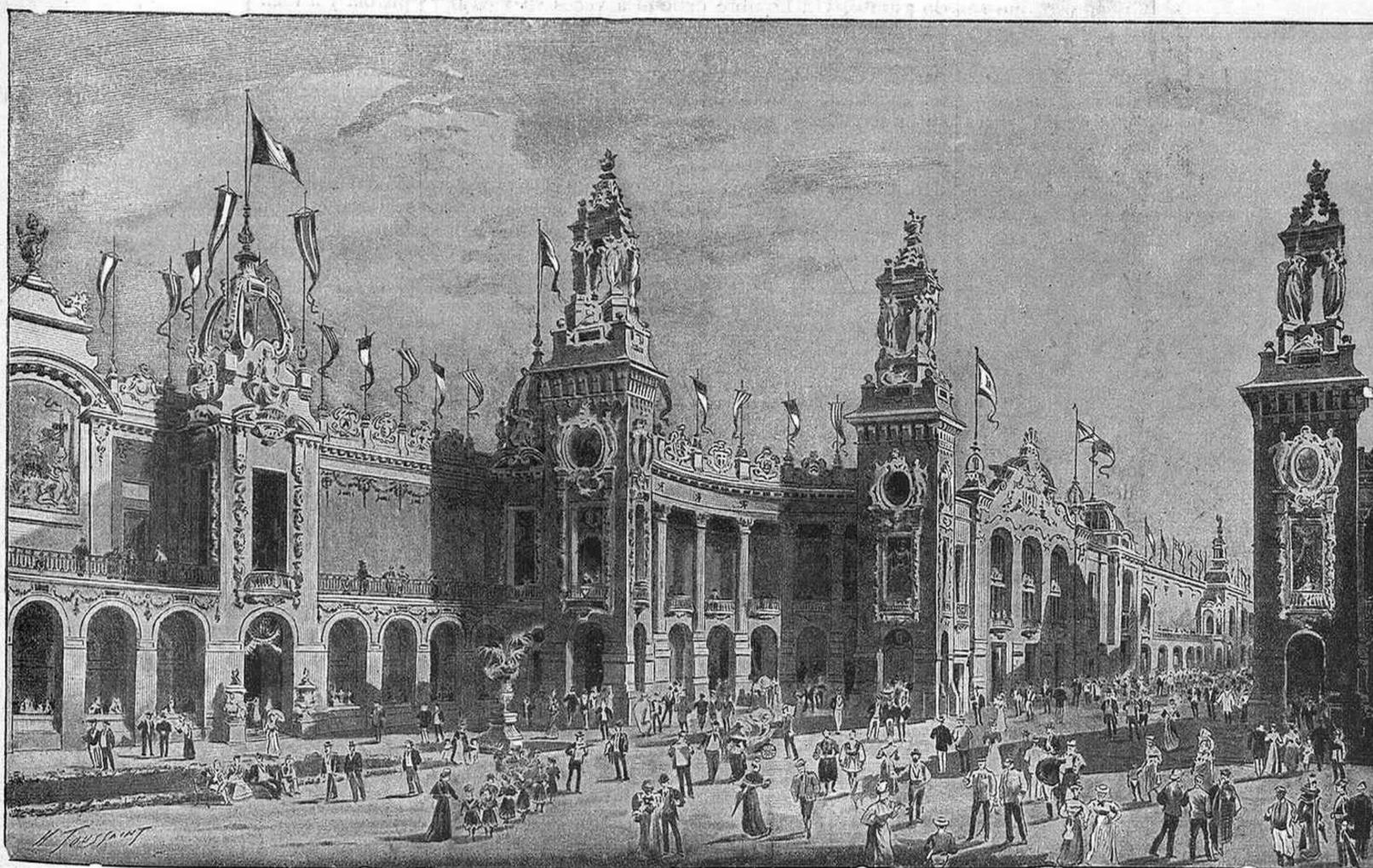
Quedóse D. Julián por un instante mirando á su mujer y dudando todavía de si aquel retintín y aquella frase que trascendía á ironía significasen la verdadera tranquilidad de su conciencia ó el velado descaro de la que empieza á perder un poco la vergüenza. Y aún se alarmó más cuando ella con un tono de voz que no solía usar se encaró con él y añadió:

- ¿Y usted, caballero, se puede saber de dónde viene con esas prisas?

- De donde á ti no te importa.

- Muchas gracias. Es usted muy fino.

- Y tú muy...



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. - PALACIO DE LAS MANUFACTURAS NACIONALES

Pero Felisa le había vuelto la espalda y dirigiéndose á su gabinete, por lo cual no acabó felizmente de pronunciar la frase. Y desde aquella tarde puede decirse que esta escena fué como el rompimiento completo de hostilidades entre dos personas que se sentían heridas en su amor propio, que continuaron mirándose con desconfianza y espiándose mutuamente por el mismo temor de creer que el marido era culpable de la falta que éste atribuía á su mujer. Perdida, ó turbada en parte, esta confianza, ya se sabe lo que es un matrimonio. Todo son choques y quisquillas y recelos y mal humor hasta que se aclaran y despejan por completo las situaciones. Como D. Julián, que era inclinado á la cavilación, continuaba sospechando de todo, recogió una mañana del suelo una carta que hubo de caerse á la entrada del cuarto de la muchacha. Iba dirigido el sobre á un nombre vulgar que D. Julián no conocía, y ¡cosa particular!, la letra de este sobre era parecidísima á la letra del anónimo. Se la guardó en el bolsillo contra sus sentimientos de delicadeza y corrió al despacho para compararlas. Y efectivamente, estaban escritas por la misma mano. Llamó en seguida á la muchacha y cerró la puerta del despacho.

— Me va usted á decir con absoluta sinceridad si esta carta que he recogido del suelo, al lado de su cuarto, es suya...

Dudaba la sirvienta al observar la cara algún tanto fosca y como nublada con que su amo le interrogaba..., pero al insistir éste de nuevo, confesó paladinamente que era una carta que iba á enviar á su novio que se hallaba en el pueblo.

Ella escribía muy remal, esa era la verdad, y hubo de atreverse á gastar unos cuartos en la tienda de un memorialista que entendía de letra. Ocurrióle entonces á don Julián que bien podía ser que el autor del anónimo hubiese recurrido al mismo memorialista que la criada, y con esta idea dirigióse aquella misma tarde á uno de los barrios extremos de la población donde aquél ejercía tranquilamente su industria. Llevóse puestas unas gafas de cristal azulado para no infundirle la menor sospecha, y con esta excusa de tener irritada la vista entró en su mezquino chiribitil resguardado por un mal biombo, detrás del cual trabajaba el popular pendolista. Costóle á don Julián algún trabajillo y hasta volver tres ó cuatro veces para poder saber que entre sus parroquianos había un señor muy guapo y muy generoso que se llamaba D. Juan Davirón. Ya había oído hablar de él, porque en una capital de provincia como *Urbeaugusta*, aun siendo de las más populosas, se conoce de oídas ó de vista á la mayoría de la gente que bulle. Así es que D. Julián, al salir una de las tardes del portal del memorialista, se dirigió á casa de su amigo D. Faustino Sáenz, que era banquero y que debía conocerle seguramente. Se hallaba todavía en su despacho trabajando, y allí entró D. Julián á saludarle. Después de las naturales frases de cortesía, díjole su amigo:

— Para un asunto particular me han hablado de un tal D. Juan Davirón... ¿Qué especie de tipo es este que yo no conozco?

— ¡Hombre, el gran Davirón! Lo habrás visto mil veces, con el puro en la boca y hecho un caballero, en la puerta del casino del Centro. Dicen, pues, que fué capitán de infantería ó de carabineros, no estoy seguro, y que luego por tocarle un premio gordo de la lotería, ó por casarse con una viuda millonaria, abandonó la carrera y se marchó á París. Allí se perfeccionó en el manejo de toda clase de armas, vivió algún tiempo á lo gran señor, y hasta creo que tuvo un lance con un espadachín italiano. Después se separó de su mujer, según unos por incompatibilidad de caracteres, según otros para poder hacer vida independiente, vida de casino, de teatros, de aventuras y diversiones, porque el hombre no se ocupa en otra cosa, que yo sepa. Añaden otros, mejor enterados, que como todo buen mozo y fatuo y algo generoso, tiene una suerte loca con las mujeres. A propósito..., ¿no recuerdas el escándalo que se armó hará unos tres años, cierta noche, en casa del magistrado Ibarreta?.. Pues ese Sr. Davirón fué la causa, y de allí lo echaron de mala manera.

— Sí, ahora recuerdo, respondió D. Julián, que hubo de quedarse algún tanto pensativo después de escuchar la historia del gran Davirón trazada á grandes rasgos por su amigo Sáenz.

— En resumen: que vayas prevenido contra ese

caballero. Suelen ser malos bichos estos vividores y matones de casino sin lances ó con ellos...

Dióle las gracias D. Julián por los antecedentes proporcionados y se despidió algo más preocupado de lo que en apariencia manifestaba. Porque, á su juicio, ya no se trataba de una broma de mala especie, sino de la mala intención de un hombre que se dirigía á turbar la paz de un matrimonio, dispuesto á



EL EMINENTE VIOLONCELISTA CATALÁN D. PABLO CASALS

todo. Cuando volvió á su casa se encerró en el despacho y reflexionó seriamente sobre aquel desdichado asunto. Un hombre expone á veces su vida por algo grande, hermoso, justificado, de palpitante y elevado interés; pero por el capricho fugaz de una pasión reprobada..., esto parece absurdo y exorbitante. D. Julián se decidió á tener una explicación con su mujer. Felisa, que no era una coqueta sin entrañas, ni una cursi desprovista de todo buen sentido, no le negaría el concurso que le pedía. Sabría la verdad, toda la verdad, y en este supremo caso ya determinaría lo que debía hacer. Al llegar la noche llamóla á su despacho y le enseñó los anónimos que había recibido. No debe un caballero dudar de su mujer mientras no haya un motivo muy fundado; pero hay situaciones y lances en la vida que obligan á este inmenso sacrificio, á confesar uno propio su impotencia, sus ocultos temores y sus ansias desesperadas. Felisa entonces salió del despacho y le trajo otros dos anónimos que había recibido por otro conducto que su marido, al salir de la iglesia, por mano de un chichuelo que se acercó á pedirle limosna.

— En los dos me aseguraban lo mismo, repetía ella extrañadísima: que debía acudir á una cita que tenías en la calle del Cuervo. Confieso que la segunda vez, impulsada por no sé qué sentimiento, fui á la casa.

— ¿Entonces... á la misma casa que?..

D. Julián no comprendía cómo podía ser esto. Y sin embargo, este era el juego del gran Davirón, que conocían muy pocos en *Urbeaugusta*. Citaba al marido para infundirle la conveniente sospecha y luego á la mujer para que acudiese á la cita. Si ésta acudía la primera, como más curiosa, sin haber acudido el marido, entonces el gran Davirón, que tenía alquilado el entresuelo de enfrente como observatorio, subía á la casa y se presentaba á la mujer y trataba de conquistarla de un modo ó de otro. Claro es que si ella protestaba y le acusaba al marido y sobrevenía la complicación y por consiguiente el temeroso lance, á él, que era un maestro en esgrima, le importaba muy poco. Como César, confiaba en su audacia y en su buena estrella.

Por ignorar D. Julián esta combinación es por lo

que no se explicaba al pronto que les citaran á su mujer y á él á la misma casa y casi á la misma hora. Pero satisfecho con la sinceridad de Felisa y contando con su lealtad, ya no le parecía tan grave el problema de castigar y responder como debía á las provocaciones del gran Davirón. Al día siguiente, después de comer, se dirigió al casino del Centro y preguntó por el susodicho: «Aquí viene todos estos días á esta hora á tomar café, contestóle el portero, y suele estar hasta las cinco de la tarde.»

D. Julián esperó unos minutos en el portal, que era ancho y elevado como de casa grande, hasta que al poco rato entró un caballero de buena estatura, vestido de levita negra y flamante sombrero de seda, moreno y bigotudo. «Ese señor es D. Juan Davirón,» le indicó el portero mientras el otro subía despacio por las anchas escaleras. Fijóse D. Julián en el tipo que acababa de entrar y dijo para sí: «A este pájaro ya le conocía.»

A eso de las cinco de la tarde volvió don Julián á la puerta del casino y esperó tranquilamente algo más de media hora. Cuando vió bajar al gran Davirón, le detuvo en el mismo portal y le enseñó el anónimo, preguntándole si conocía la letra, al propio tiempo que levantando el bastón, que era un verdadero garrote, empezó á descargar garrotazos sobre el desprevenido Davirón.

Trató éste al punto de defenderse, como era natural, con un elegante bastón de caña que se hizo añicos á los dos minutos, quedándose por lo tanto indefenso ante las bravas acometidas de D. Julián, que no se cansaba de menear el garrote á diestro y siniestro. Ya se habían agarrado los dos contendientes cuando acudieron á separarlos dos guardias de Orden Público y dos ó tres amigos de Davirón que bajaban del casino, entre las voces y silbidos de un enjambre de chiquillos, curiosos y mujeres que acudieron atropelladamente al ruido de la contienda.

Recibió D. Julián al día siguiente la visita de dos caballeros que le exigieron en nombre de su apadrinado la consiguiente reparación de la ofensa.

Les contó éste al punto el motivo de la cuenta pendiente que tenía con el señor Davirón, añadiendo con la mayor firmeza:

— A pesar de lo ocurrido ayer tarde, el ofendido soy yo, convengan ustedes en ello, y como soy muy corto de vista, no admito otra arma que la pistola y á diez pasos de distancia. Les enviaré mis padrinos, corriente; pero esta base es indiscutible.

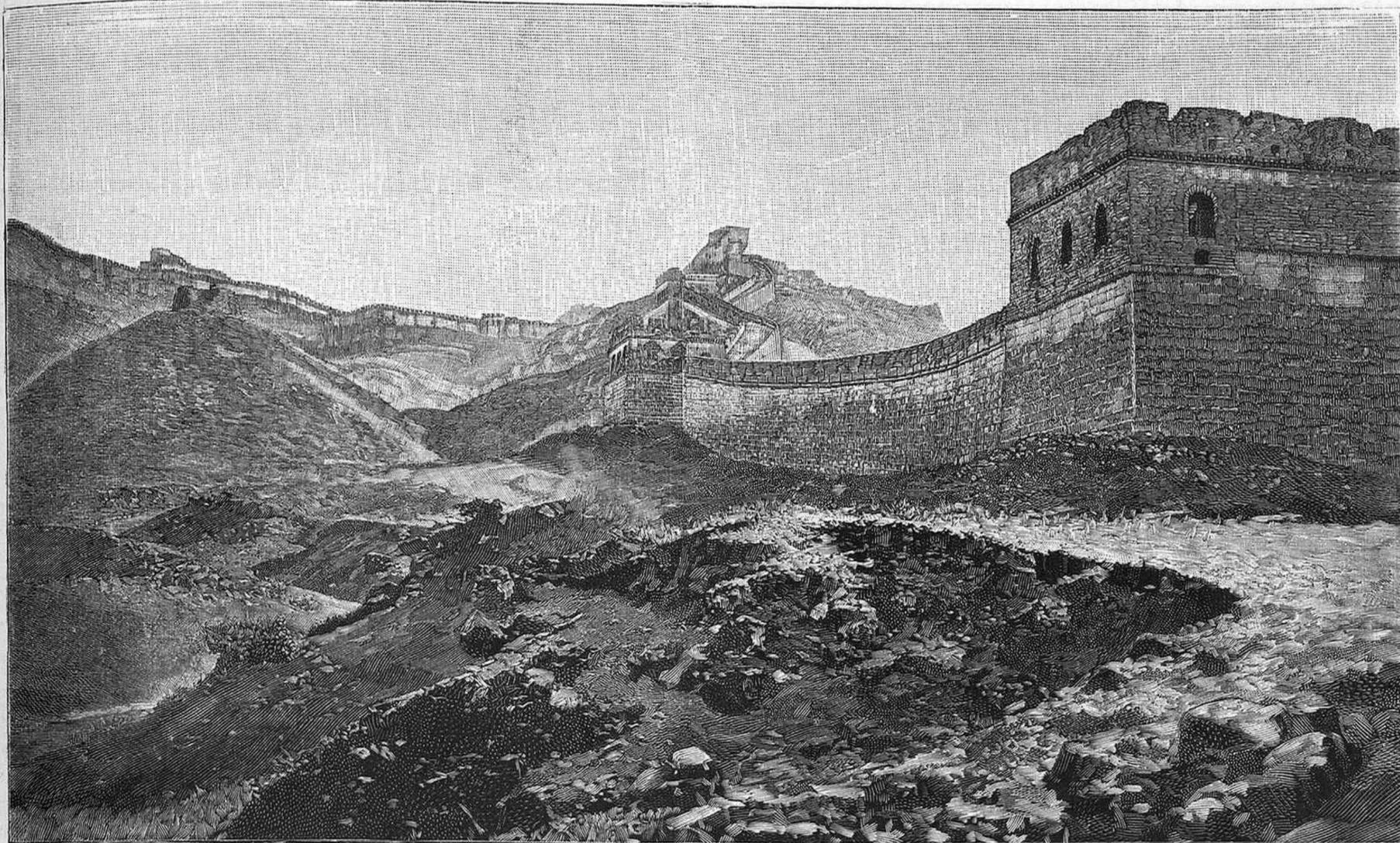
Aquello era absurdo, según los testigos, incalificable, nunca visto, y se discutió lo increíble, como de costumbre; pero Davirón, que era rico y amaba excesivamente la vida, temió en realidad que aquel pedazo de bárbaro le metiese una onza de plomo en el cuerpo, á pesar de la cortedad de su vista, y desistió del lance después de las satisfactorias explicaciones que entre uno y otro mediaron. Mucho se habló con todo esto, en círculos, casinos y cafés, de la célebre paliza propinada por D. Julián, autor de los anónimos, y hasta influyó en la opinión pública de tal modo, que había de ser muy amigo y muy adulador para que una persona conocida se atreviese á hablar como antes del gran Davirón.

JOSÉ M. MATHEU.

GUERRA ANGLO-BOER

Después de no pocos trabajos ha llegado el general Buller á Pretoria, reuniéndose de este modo el ejército que operaba en el Natal con el que personalmente mandaba el generalísimo Roberts. Es de suponer que éste se dedicará ahora preferentemente á poner término á la resistencia que siguen ofreciendo los boers en el Orange, y sobre todo en el distrito de Senekal, en donde está al presente concentrada la principal actividad de los federales. Empresa es esta algo difícil, dada la movilidad de los comandos, y en prueba de ello bastará decir que hasta ahora lo mismo Botha que De Wet han conseguido librarse de la persecución que, con fuerzas extraordinarias, han emprendido contra ellos los ingleses, á pesar de que éstos daban ya por conseguida, ó poco menos, su rendición.

La verdad es que los hechos de armas que en el Africa del Sur ocurren tienen muy escasa importancia y apenas si podemos dar noticia de otros que del combate de Plainfontein, favorable á los ingleses,



CONFLICTO CHINO. - LA GRAN MURALLA

de la toma de Bethelem por éstos y de la captura por los boers de un campamento inglés en Waterswal.

Alrededor de Pretoria las tropas de Roberts se ven constantemente hostilizadas, pero sin graves consecuencias.

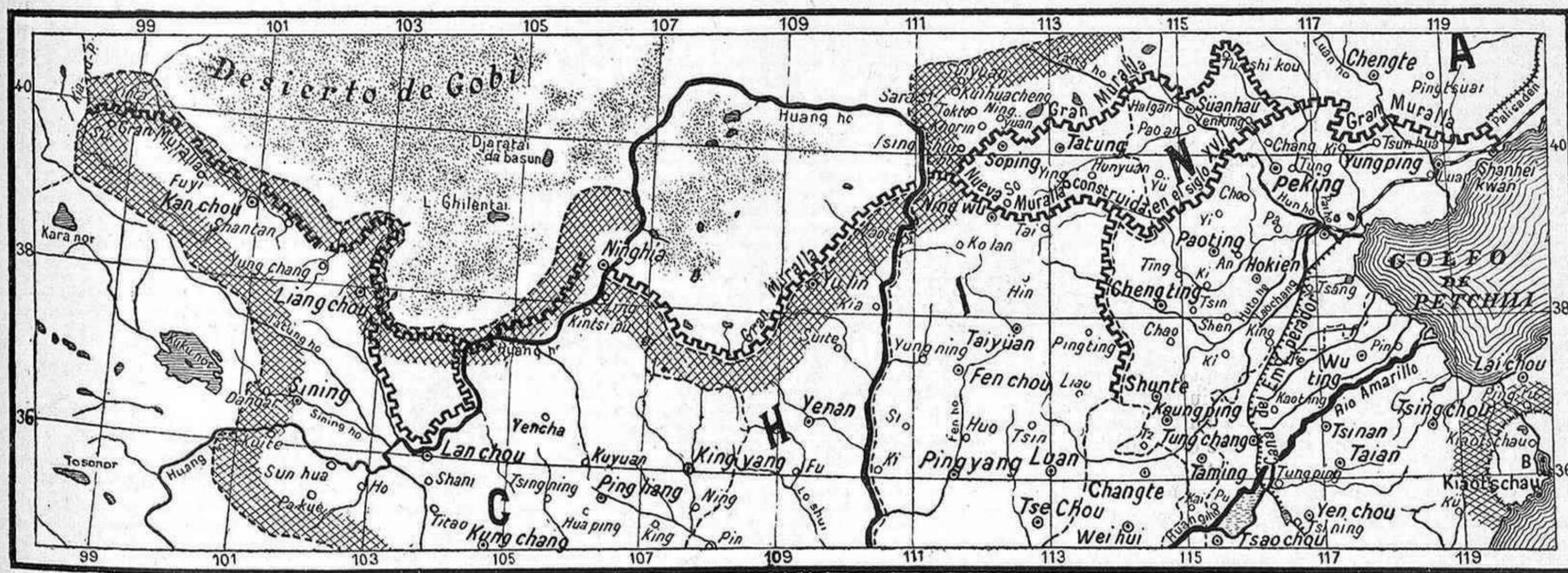
Los delegados boers, que últimamente estuvieron en los Estados Unidos, han llegado al Havre, pasando desde allí á París: al desembarcar en aquel puerto francés se les dispensó una entusiasta acogida; pero donde el recibimiento ha revestido grandiosas proporciones ha sido en la capital de Francia. Al bajar del tren fueron saludados por una representación del Consejo Municipal y aclamados por una multitud inmensa que les acompañó hasta el hotel Scribe, en donde se alojaron, entre frenéticos vivas á Kruger, á los boers

NUESTROS GRABADOS

Conflicto chino. La gran muralla.—Los sucesos que actualmente se desarrollan en el Celeste Imperio con razón atraen la atención de las grandes potencias europeas. Lo que en un principio se había creído insurrección promovida por la sociedad secreta de los boxers, va resultando un levantamiento nacional contra los extranjeros y una lucha civil entre los distintos y contrapuestos elementos que desde tiempo inmemorial se disputan el poder en China. Imposible es sacar nada en claro de lo que allí sucede: las noticias que de allí se reciben son contradictorias, y lo que un día afirman, lo rectifican al otro, para volverlo á afirmar y rectificar en los siguientes. De todos modos, los acontecimientos revisten gravedad y trascendencia sumas, gravedad por lo que en sí son, por las matanzas de cristianos y europeos que allí se realizan, y trascendencia porque sabe Dios lo que resultará de la intervención de las naciones, á quienes guían de fijo, más que sentimientos humanitarios, ambiciones

que no sea la suya, hacia todo progreso que esté en pugna con su fanatismo y ese absurdo é intolerable orgullo de raza que le hace creerse superior á cuanto fuera de él existe.

Según tradición china, el emperador Chi-Hoang-Ti, que vivió en la segunda mitad del siglo III antes de Jesucristo, fué el que inició la construcción de la gran muralla; la sección oriental de ésta construyóse en el siglo VI de la era cristiana, y la meridional, que comprende las provincias de Petchili y Chansi, no quedó terminada hasta el año 1644. Tiene esta obra una extensión de 2.450 kilómetros: arranca del golfo de Liautung, sigue hacia el Oeste describiendo varias curvas por una serie de cordilleras, divídese al Norte de Pekín en dos brazos principales que ora se remontan hasta las más elevadas cimas de las montañas, ora descienden hasta los más profundos valles y vuelven á unirse en las inmediaciones de Hoangho, terminando en la famosa puerta de Kiajukwan, que cierra el gran camino de caravanas del Asia central. El material con que está construída y el sistema de construcción varían según las condiciones del terreno que atraviesa. En muchos puntos aparece destruída por



CONFLICTO CHINO. - PLANO DE LA GRAN MURALLA DE LA CHINA

y al Transvaal. También se dieron algunos gritos contra Inglaterra, y la muchedumbre hizo retirar las banderas inglesas que ostentaban algunos edificios. El Consejo Municipal obsequióles con una recepción solemne, en la que se pronunciaron elocuentes discursos felicitando á los heroicos boers y haciendo votos por la independencia de las dos repúblicas sud-africanas. - A.

y egoísmos añejos que no se darán por satisfechos con la simple pacificación de aquel Estado, sino que querrán cobrarse lo que hayan hecho para conseguirla. ¿Lograrán las potencias dominar la rebelión en poco tiempo? ¿Será el actual levantamiento sólo un preludio de una verdadera guerra de independencia?

Dejando á un lado estas consideraciones, digamos algo de los grabados que en el presente número publicamos relativos á la gran muralla, á esa construcción gigantesca que sintetiza el espíritu del pueblo chino, cerrado á toda influencia exterior, enemigo de todo lo extranjero, lleno de odio hacia toda civilización

la acción del tiempo y por la mano del hombre, que ha arrancado de ella grandes bloques para la construcción de edificios en las poblaciones inmediatas. Su altura varía entre cinco y ocho metros y su anchura es de ocho metros en la base y cinco en el coronamiento: éste presenta hacia afuera un parapeto almenado de la altura de un hombre.

Esta obra de fortificación, cuyo primitivo objeto era resistir las invasiones de pueblos bárbaros que peleaban con armas blancas, no constituye, como se comprenderá, ninguna defensa seria contra la moderna artillería.



La visita de la madre, cuadro de Enrique Paterna



La buena ventura, cuadro de José Llovera

ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID

ATENEODE
BIBLIOTECA
MADRID



Nunca me digas ¡adiós!,
que es una palabra triste;
corazones que se quieren,
nunca deben despedirse.

J. García Ramos

CANTARES ANDALUCES ILUSTRADOS, dibujo de J. García Ramos



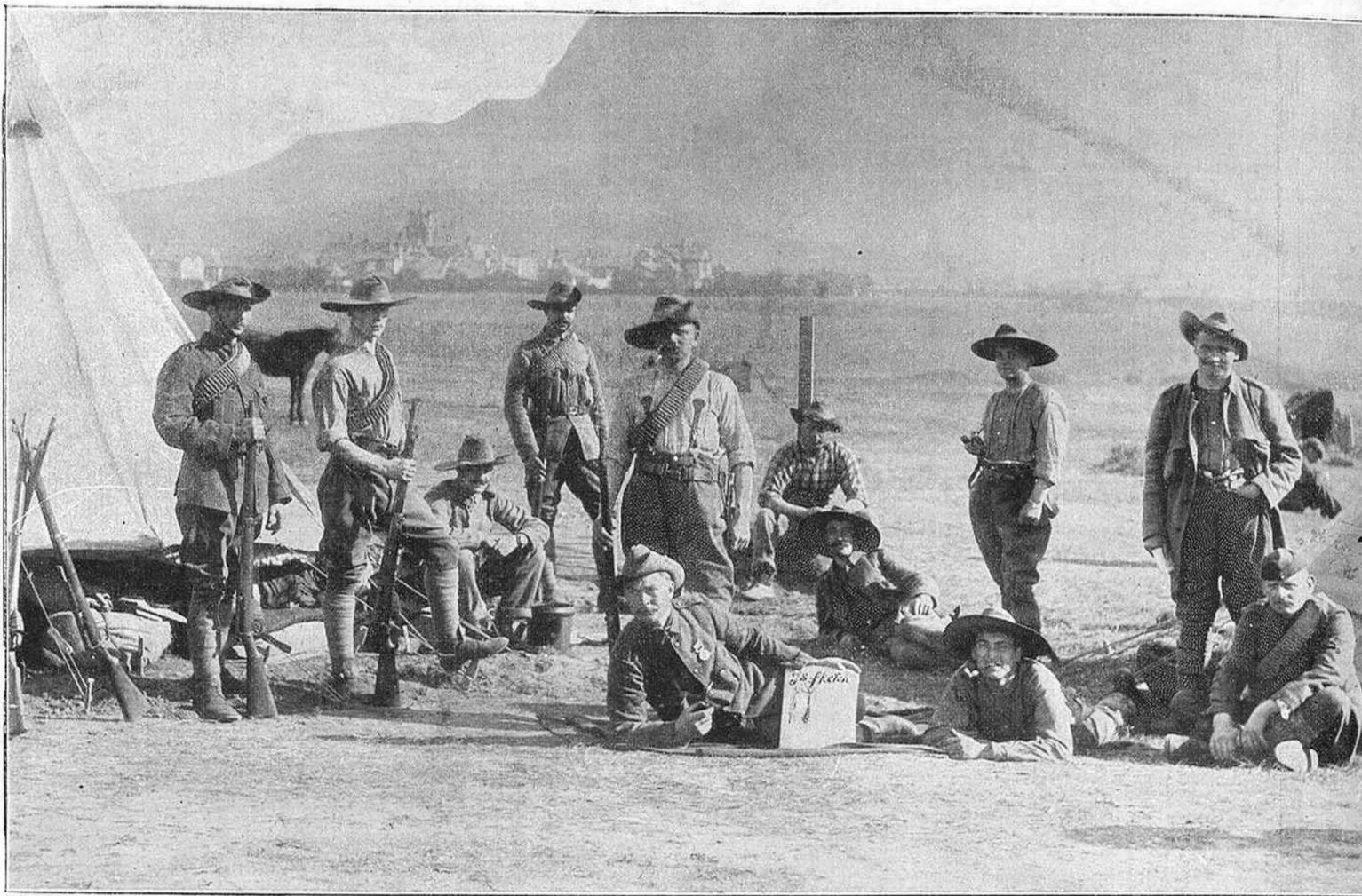
El eminente violoncelista catalán D. Pablo Casals.—Casals cuenta actualmente veintitrés años y es uno de los primeros violoncelistas del mundo: este es el mejor com-
pendio de su biografía. Mas como esto no satisfaría la natural curiosidad de nuestros lectores, expondremos algunos datos de su carrera artística, sintiendo que la índole de esta sección no nos permita dedicarle todo el espacio que á sus méritos excepcionales correspondería. Hijo de un organista del Vendrell, hizo sus primeros estudios musicales en Barcelona, en donde, siendo aún niño, cautivaba con su arte primoroso en los conciertos de la Sociedad Filarmónica; completó su educación artística en el Conservatorio de Bruselas, pensionado por S. M. la reina regente de España, y fijó por último su residencia en París, viéndose allí obligado por falta de recursos á tocar en la orquesta de un teatro de último orden. Tres años después, el rey de Portugal le invitaba á su palacio, y el público lisbonense le aclamaba con entusiasmo en la Sala del Conservatorio que por orden del soberano le fué cedida para dar una audición. De Lisboa pasó á Madrid, en donde la reina regente le regaló el magnífico Galiano que toca en todos los conciertos. Vivamente instado por Saint-Saens, que había podido admirarle en una de sus excursiones á esta capital, y de la Nevada, que con entusiasmo le había aplaudido en la corte, resolvió volver á París y presentarse á Lamoureux. Recibióle éste con algún desabrimiento; pero apenas le hubo oído, lleno de emoción y completamente subyugado por aquella maestría, no le dijo más que estas palabras: «¡Usted tocará en mis conciertos!» y á partir de aquel día no tuvo mejor amigo que aquel ilustre maestro, quien exigió su cooperación para las representaciones de *Tristán e Isolda*. Desde entonces, el nombre de Casals ha figurado siempre en los carteles y ha sido aclamado en los conciertos Lamoureux, Colonne, en la Sala Pleyel, en la Sala Erard, en el Fígaro, en una palabra, dondequiera que ha tocado, y los críticos más conspicuos le han consagrado las más entusiastas alabanzas. Iguales éxitos ha obtenido en Francfort, en Tolosa y en Londres, en donde tocó en presencia de la reina Victoria y del príncipe de Gales, que le colmaron de distinciones. Después de las audiciones que recientemente ha dado en Barcelona y Valencia, ha vuelto á París; de allí irá á Suiza, volverá á España y á Portugal y en noviembre estará en los Estados Unidos, adonde va contratado en magníficas condiciones. Casals une á sus excepcionales méritos artísticos una modestia sin igual: es quizás el único artista que no colecciona los artículos encomiásticos que los críticos más eminentes le han dedicado, y eso que con lo que de él ha dicho la prensa de todos los países que ha recorrido podría formarse un voluminoso libro de honor. De Casals no puede decirse que le espera un porvenir brillante, porque al presente ha llegado ya á la altura que sólo los grandes genios suelen alcanzar.

Cabeza de estudio, dibujo de Antonio Fabrés.—Después de lo mucho que acerca de Fabrés hemos dicho en las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de publicarse en ésta en distintas ocasiones sus principales obras, ocioso nos parece alabar una vez más al tan justamente celebrado artista, cuya firma se cotiza entre las primeras en los principales centros donde se rinde culto al arte. La *Cabeza de estudio* que hoy reproducimos, con sus trazos enérgicos, con su corrección de líneas, con su expresión admirable, es una nueva prueba de lo mucho que Fabrés vale y del dominio absoluto de la técnica que todo el mundo le reconoce.

La visita de la madre, cuadro de Enrique Paternina.—Premiado en las Exposiciones de Bellas Artes de Madrid y Barcelona el lienzo que reproducimos, basta esta circunstancia para afirmar la reputación artística de su autor, puesto que aparte del interés general que despertó, obtuvo dos recompensas en diversos concursos. Y justo es consignar que la producción de Paternina es tal vez la más importante de cuantas ha ejecutado y la en que con más vigor se revela su temperamento de artista observador. Intensa es la impresión que produce la escena desarrollada en una de las salas de un hospital de niños, en donde presa de grave dolencia se halla en una cama distinguida por un número una enfermita que aguarda ansiosa la visita de su madre, en donde del taller para atender al sustento de sus demás hijos, vese obli-

gada á confiar el cuidado de su querida niña á la caridad oficial. Todas las figuras expresan su entonación sugestiva, rebosando el hondo y delicado sentimiento que informa la composición.

dro que hoy reproducimos es una nueva confirmación de nuestras apreciaciones: no son únicamente los trajes los que nos transportan á antiguos tiempos; hay en la pintura algo más que nos



GUERRA ANGLO-BOER. — SOLDADOS DE LA YEOMANRY IMPERIAL INGLESA (de fotografía)

La buenaventura, cuadro de José Llovera.—En distintas ocasiones hemos encomiado como se merece la maestría con que el malogrado pintor reusense supo resucitar tipos y costumbres españoles de principios de este siglo, identi-

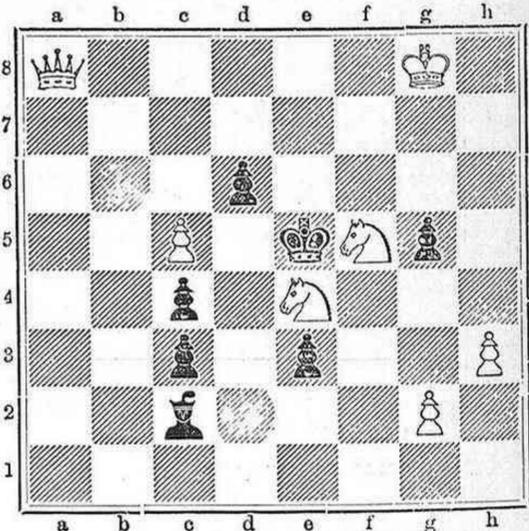
pone en presencia del pasado, y es la expresión de las figuras que sintetiza los sentimientos frívolos y supersticiosos de una parte de aquella sociedad. Aparte de esto tiene este lienzo de Llovera toda la elegancia de factura que caracteriza la obra del celebrado artista.



CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de Antonio Fabrés

Cantares andaluces ilustrados, dibujo de J. García y Ramos.—En breve repartiremos á los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL un tomo de «Cantares populares y literarios,» en el cual entre otras ilustraciones reproduciremos, reduciendo su tamaño para ajustarlo al del libro, varios preciosos dibujos del reputado artista sevillano señor García y Ramos. Una muestra de ellos es el que publicamos en el presente número; por él podrán apreciar nuestros lectores cuán admirablemente ha sabido interpretar el autor el espíritu de esas bellísimas composiciones poéticas que en pocas líneas encierran siempre un pensamiento sentido y con razón considerado como expresión del alma del pueblo. La personalidad artística del Sr. García y Ramos es sobrada conocida para que necesitemos llamar sobre ella la atención de los lectores de nuestro periódico, cuyas páginas ha honrado tantas veces el notable dibujante que, como pocos, sabe trasladar al papel ó al lienzo los hermosos espectáculos de la naturaleza, los encantadores tipos y las pintorescas costumbres de la sin par Andalucía.

AJEDREZ
PROBLEMA NÚMERO 201, POR E. MAZEL
NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (7 piezas)
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 200, POR W. A. SHINKMAN

- Blancas. Negras.
1. D h 5 - h 2 I. Cualquiera.
2. C, D ó A mate.

ficándose no sólo con la parte externa, sino además con el modo de ser de aquella pintoresca época de nuestra historia. El cua-

LOS DOS PILLETES

NOVELA POR PIERRE DECOURCELLE. - ILUSTRACIONES DE J. CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Caracol hizo una pequeña pausa y después continuó su relato.

- Afilados los cuchillos, dejo mi muela en un rincón y me voy á reconocer la casa indicada. Todo lo hallé conforme á lo referido por la servidumbre. Se me presentaba la ocasión de dar un golpe seguro y sin riesgo, y esperé el momento oportuno para darlo. Llegó la noche, me puse en acecho. Cuando se apagó la última luz de la casa, salté al jardín, rompí un cristal, abrí una ventana, me colé dentro, atravesé dos estancias, llegué al arca de hierro, empecé á operar...

- ¿Y luego?, interrumpió *Ceferina* ansiosa.

- Luego, cuando por el agujero practicado en la puerta de la caja metía ya mano en el dinero, me sentí de pronto agarrotado por unas piernas de acero y unas manos de una fuerza terrible. Estaba cogido.

- ¿Por quién?

Caracol siguió refiriendo á su esposa los dramáticos incidentes de su aventura con el hombre que le había sorprendido en el acto del robo.

Después de escuchar con vivo interés el relato, *Ceferina* hizo esta cándida observación:

- Aquel caballero comprendió de seguro que sabrías dar al muchacho un buen oficio.

- Semejante confianza me conmovió, dijo imperturbablemente el bandido; así es que no solamente seré para esa criatura un preceptor, un maestro, sino que tendrá en mí un padre, un verdadero padre...

- ¡Y en mí una madre!

Ceferina, que al beber las palabras de su marido había bebido también, para escucharlo mejor, grandes tragos de aguardiente, se deshizo en lágrimas y echóse al cuello de su esposo cubriéndole de besos.

Caracol, que también había acompañado su largo relato con frecuentes libaciones, contestó con apretados abrazos á las caricias de su mujer.

Pero, sin que sea posible averiguar cómo cambiaron las cosas de repente, cinco minutos después la pareja andaba á bofetada limpia. Ambos vinieron al suelo y en su encarnizada lucha rodaron hechos un lío hasta el fondo de la cuneta, donde se quedaron durmiendo la mona.

Claudinet, que salió del coche, vió las últimas peticiones de la lucha. Pero el espectáculo no le conmovió. Metió en un armario los restos del almuerzo, y se tendió al pie del diván en que *Fanfán* dormía aún, murmurando:

- ¡Bueno! Vamos á tener ahora al menos un par de horas de tranquilidad.

Troppmann, harto de comer hierbas, se había echado á la sombra de un árbol.

El único que velaba era el perro, acurrucado cerca del caballo.

Claudinet pensaba en el hospicio, que tan tristes recuerdos tiene para el niño que ha encontrado una familia amante y cariñosa, y que nuestro pobre huérfano echaba de menos como un paraíso perdido.

Nunca se había fijado en las miserias del reglamento, en las frías exigencias de una disciplina necesaria, en la triste uniformidad de los días y de las horas, ni en la carencia de los besos maternos.

Sólo se acordaba de la regularidad de una vida dulce y tranquila, de las comidas abundantes y sanas, de las caricias de las hermanas de la caridad, de sus paseos con sus camaradas y de sus juegos en el patio grande del asilo ó en los jardines del Luxemburgo.

Acordábase de los solemnes oficios en que, siendo monaguillo, vestido de sotana encarnada y sobrepepliz de encaje, mezclaba su voz pura con los acordes del órgano.

En aquella época, el nombre de madre le parecía representar uno de esos seres ideales que no existen en la tierra, como los ángeles de blancas alas cuyas imágenes veía en su devocionario.

Pensaba encontrar más tarde la suya en medio de aquellos ángeles, allá en el cielo, donde velaba por él, según le habían dicho las monjas.

Sin embargo de lo cual, un día le dijeron:

- Tu madre no está en el cielo todavía. Quiere llevarte con ella á su casa. ¡Toma, ahí la tienes!

Y le enseñaron una mujer que le causó miedo y cuyos primeros besos le helaron. La siguió entre temeroso y triste.



- Mamá dice que Dios nos ve siempre

Entonces le pareció haber entrado en el infierno descrito por el capellán en sus sermones y de cuyos horrores también le habían hablado con frecuencia las monjas, sitio espantoso adonde eran conducidos los niños malos á quienes Dios castigaba.

¿Qué había hecho él para que le condenasen á aquellos tormentos?

De pronto, aquel infierno se hizo más espantoso. La mujer que le anunciaron como madre había desaparecido.

Dijéronle que había muerto.

¿Por qué no se lo había llevado con ella, cuando fué al hospicio á buscarlo?

¿Por qué lo había dejado con su tío *Caracol* y con su terrible tía *Ceferina*?

¿Por qué, desde la desaparición de su madre, había empezado él á toser, sintiendo en el pecho como un fuego que le abrasaba interiormente?

¡Se sentía solo en el mundo!

Y meditaba y lloraba, pero muy quedo y á escondidas, porque sus tíos se lo tenían prohibido.

De pronto observó que el niño que tenía al lado acababa de despertar. Con los ojos espantados permanecía inmóvil y mudo, como si todavía se encontrase bajo el imperio de un sueño aterrador.

Sin embargo, al ver que *Claudinet* le miraba con curiosidad, *Fanfán* murmuró haciendo un ligero movimiento:

- ¿Por qué lloras, tú?

- No lloro, contestó en seguida *Claudinet*, temeroso de haber sido sorprendido en flagrante delito de una cosa que le estaba terminantemente prohibida.

- ¡Sí, sí, tú lloras!, insistió el niño; tienes los ojos y la cara llenos de lágrimas. Mientes cuando dices que no, y eso es muy feo. Tu mamá se enfadará si mientes.

- No tengo mamá.

- ¿No tienes mamá?, exclamó el niño incorporándose sobre el codo y con un acento de gran asombro. ¿No tienes mamá? ¿Dónde está entonces?

- En el cielo.

Fanfán permaneció un rato pensativo. Luego preguntó:

- ¿Y tu papá?

- Tampoco tengo papá.

- ¡Ni papá ni mamá!

- También se marchó.

- ¡Ah, sí! Se fué á hacer un viaje, ¿no es cierto? Mi papá también estaba de viaje..., lejos, muy lejos..., en Panamá, pero ha vuelto... Antes, yo estaba con mi-mamá ó con mi abuelita... Entonces tú, esperan-

do que vuelva tu papá, estás también con tu abuelita. - No tengo abuelita, ni papá ni mamá: soy huérfano.

Después de otro silencio, *Fanfán* dijo con acento conmovido:

- ¡Ah, sí..., ya sé!.. Huérfano quiere decir cuando el papá y la mamá se han ido al cielo. Mi abuelita me hacía añadir siempre algo en mis oraciones para los pobrecitos huérfanos. Hay que amarlos y socorrerlos cuando son pobres... Mamá, cada semana, me llevaba con ella á distribuir ropas y provisiones á una casa muy grande que estaba llena de huerfanitos... ¿De modo que tú eres huérfano?

- Sí.

- ¿Cómo te llamas?

- *Claudinet*.

- ¿*Claudinet*? No me olvidaré de tu nombre y se lo diré á mamá y á papá, que ha vuelto. Vendremos á traerte cosas buenas.

- Y tú, ¿cómo te llamas?

- ¿Yo? *Gastón*... Los criados me llaman señorito *Gastón*. Pero mis papás y mi abuelita me llaman *Fanfán*.

- ¡Ah!

- Si eres huérfano y tampoco tienes abuelita, ¿á quién tienes entonces para amarte y acariciarte?

- A nadie.

- ¿A nadie?

- ¡A nadie! Vivo con mi tío *Caracol* y con mi tía *Ceferina*, que me han recogido.

Al oír tales nombres, el niño se sonrió desde luego; pero en seguida se sentó y echó una mirada en torno suyo.

El aspecto de aquella miserable estancia le dió asco.

Aquello parecía la continuación de una pesadilla. ¿Qué hacía allí?

¿Cómo lo habían traído?

Iba á gritar con todas sus fuerzas:

- ¡Mamá! ¡Abuelita!..

Pero hablaba *Claudinet*, y *Fanfán* no se atrevía á interrumpirle.

Ni tenía fuerzas para ello, cada vez más asustado. Era como si continuase su pesadilla.

Claudinet, por el contrario, se animaba insensiblemente, y de pronto, á pesar suyo, empezó á desahogar su pecho del rencor y del odio que le inundaban.

- ¡Ah! No son nada buenos mi tío *Caracol* y mi tía *Ceferina*. Cuando se emborrachan, menos mal, porque riñen entre sí, y yo no tengo más que ir á echarme en un rincón sin decir una palabra. Lo peor es cuando no se emborrachan, porque el negocio anda mal... ¡Oh, entonces sí que me pegan! Mi mayor desgracia es este catarro. Dicen que se irá conforme vino. Pero mientras tanto, si toso, me pegan como si yo tuviese la culpa, yo que siento tanto mal aquí, dentro del pecho. Ya verás, puesto que vas á quedarte aquí. Por de pronto tienes que ayudarme y substituirme después, cuando me haya muerto... Lo dijeron ayer y yo lo oí.

- ¡Quedarme aquí yo! ¡Substituirte!

- Sí... ¡Hacer el estrado!

- ¿Y qué es eso?

- Gritar, haciendo el payaso, en la plataforma, para que entre la gente... Es muy pesado. A veces, para hacer reír al público y atraer parroquianos, digo simplezas y recibo cachetes más de dos horas seguidas. Cuando me hielo de frío, el tío *Caracol* hace creer al público que tiemblo de mentirijillas..., y la gente se ríe. Y cuanto más me castañetean los dientes, más se ríe... ¡Y los bofetones!.. ¡Y los puntapiés! El público cree que los escamoteo... No hay tal. Mi tío da de veras. A esto le llama animar á los espectadores. ¡Y mi tía! Quizá no es tan traidora como mi tío, pero pega más fuerte. Y pega sin saber por qué... Parece que no es culpa suya, sino que es efecto del vino blanco. Ya verás, *Fanfán*. Mucho palo, poca comida, vivir con dos borrachos cuando ha habido buenas entradas, y con dos fieras cuando no se ha ganado un cuarto. Te pasará lo que á mí. Te alegrarás de coger un buen constipado para ir á juntarte pronto con tus papás en el cielo, donde es seguro que habrán ido como los míos, puesto que *Caracol* y *Ce-*

ferina te han recogido también y ahora eres su hijo. Fanfán estaba lívido.

Sin embargo, no acababa de comprender al muchacho.

Todo aquello de hacer el estrado, de bofetones y puntapiés que se reciben y que se finge escamotear, de borrachos que pegan a los niños cuando hay mala entrada y que han de substituir a los papás subidos al cielo, no se representaba a su espíritu con imágenes reales.

Era algo como la espantosa historia del ogro, que le contaba su nodriza bretona.

Se hallaba entonces en casa de uno de esos monstruos que se tragan a los chiquillos que se quedan sin padre ni madre.

Pero él no era huérfano.

El tenía a su madre y a su abuela, a quienes tanto quería, y a su padre, que había vuelto de viaje.

Sin duda iban a venir por él.

Le pasaría como en Pulgarillo y en Barba Azul, como en todos los cuentos, al final de los cuales siempre hay buenas personas que ponen en libertad a los prisioneros.

Y como no era cobarde, el niño se sonrió con cierta tranquilidad. No tendría miedo de los ogros y esperaría valerosamente el momento de la libertad.

— No soy el hijo de *Caracol* y *Ceferina*, como acabas de decir. Nos han secuestrado a ti y a mí. Mi criada me lo ha dicho muchas veces..., hay hombres y mujeres muy malos que secuestran a los niños. Pero cuando son buenos y ruegan a Dios, sus papás, tarde ó temprano, acuden a libertarlos.

— Te engañas, Fanfán. He oído como mi tío lo decía; no tienes padre ni madre y te han adoptado *Caracol* y *Ceferina*. Van a hacer contigo lo que conmigo han hecho. Empezarán por ayudarme a barrer el coche, a enganchar a *Troppmann*, a cuidar del perro, a ir a los recados. Y luego, como eres más pequeño que yo y puedes pasar más fácilmente por los agujeros de las empalizadas, serás tú el encargado de ir a robar las gallinas y los patos en los corrales de las casas de campo.

— ¿Robar?... ¿Ser ladrón?

— ¡Ladrón, sí! Y te enseñarán a ser astuto y hábil en el oficio.

— ¡Oh, jamás!, exclamó Fanfán, rojo de vergüenza.

— Te obligarán.

— ¡Jamás!, repetía el niño, apretando los puños con rabia, como si ya tuviese que luchar.

— Te pegarán.

— Aunque me peguen, no robaré. ¿No sabes que el robar es cosa muy fea?

— ¡Pero si nadie te ve!

— Mamá dice que Dios nos ve siempre.

Claudinet permaneció un instante silencioso y pensativo.

Escuchando a Fanfán, recordaba, como un eco lejano, los sermones del capellán del asilo.

También él había tenido horror al robo, horror a lo que en torno suyo llamaban pecado; pero ahora...

— Sí, Fanfán, dijo al fin; tienes razón, es muy feo robar. Yo tampoco quería, pero a fuerza de palo y haciéndome pasar hambre y sed..., porque son muy listos para hacerse obedecer.

— ¡Yo no robaré!

— Y luego ¡es tan fácil! Al principio, sientes un temblor por todo el cuerpo cuando, en la obscuridad de la noche, te metes por alguna rendija en un corral a robar gallinas. Los perros ladran por allí cerca. La puerta, a veces, rechina al abrirse, y se te figura que es alguien que te sorprende. Se anda a tientas. Se coge una gallina por el cuello, para que no cacaree; luego otra... ¡Ay! Si supieras el efecto que te hacen cuando aletean..., parecen personas que se defienden. Luego echas a correr con ellas. Y te palpita el corazón, ¡pero de qué modo! *Caracol* se ríe y *Ceferina* elogia la destreza con que se ha verificado el robo. En seguida, a desplumar al ave y a cocerla. Y yo te aseguro que es buena, cuando hace días que se tiene hambre. Si robas más de una, se venden las otras y se compra vino.

— Sea como sea, yo no robaré.

— Y todavía hay algo peor que esto.

— ¿Algo peor?

— Sí. Cuando mi tía trabaja, por la noche, en el carruaje y yo me quedo con el perro. Entonces oigo gritos ahogados..., y a la mañana siguiente veo que han lavado el coche, pero entre las tablas conozco que ha habido sangre. ¡Esto sí que es terrible! Noches y más noches, sueño con los gritos de la mujer que mi tía ha curado con el sonambulismo. Y además...

Un formidable bofetón cortó la palabra a *Claudinet*.

Caracol, furioso, había subido al coche sin que el niño lo viese y oído sus últimas confidencias.

La fiera cruel había reaparecido..., el cobarde, el miserable expoliador de cadáveres, el asesino de transeúntes asaltados a altas horas de la noche.

Cogió al muchachito y lo arrojó de un extremo al otro del cuarto, cebándose luego en él a golpes, furioso, echando espuma por su maldita boca.

En una de las sacudidas del monstruo, la pobre criatura fué a parar contra la barandilla de la plataforma y de allí al suelo, donde se quedó tendido.

En aquel momento, *Ceferina*, más embrutecida que de costumbre, llegaba tirando del caballo por la brida para engancharlo.

Levantó tranquila y fríamente a *Claudinet*, le cogió en sus robustos brazos y lo subió al coche.

— No está muerto, dijo. Eso no será nada, vamos a meterlo en cama.

Caracol, que había temido un accidente de que podían pedirle cuenta, se tranquilizó.

Entonces volvió al lado de Fanfán.

Éste, con los ojos extraviados, lívido, loco de terror, se había puesto de pie sobre el sofá, con los brazos cruzados hacia delante.

— ¿Ves, chiquillo, lo que resulta de ser desobediente y de hablar de lo que no importa? Tu primo *Claudinet* acaba de ser castigado, como lo serías tú, si no fueses buen muchacho, por tu papá *Caracol*. Ya eres bastante grande para comprenderme, ¿no es verdad? Pues bien, Fanfán, escucha bien lo que te digo. Tú has perdido a tu padre, a tu madre, tíos, tías, abuela, toda la parentela. Todos han muerto de repente del cólera asiático. Desde hoy no tienes más padre que yo. Y con nosotros, hay que andar derechos.

Detúvose.

El niño había caído desmayado.

— ¡Callal, exclamó *Ceferina*: le ha dado un patatús.

— Le harás volver en sí por el camino.

— Sí, sí, no perdamos tiempo.

— Pues andando. Tenemos tiempo de llegar a Nantes esta noche.

Y cogiendo las riendas del caballo, le arreó con una dulzura que contrastaba con la rudeza empleada con los niños.

— ¡Anda, *Troppmann*!..., ¡ligero!, ¡anda, amigo, anda..., que en llegando, el pienso será bueno!

III

LAS DOS CONDESAS

— ¡Socorro, socorro!, gritó *Teresa* abriendo la ventana. ¡Pronto, que la señora se muere!

Precipitose hacia *Elena* de *Kerlor*, que yacía en el suelo, y la arrastró hasta un sofá, donde le hizo respirar un pomo de esencias.

Pero, a pesar del aire que entraba por la ventana abierta de par en par, y de las esencias, vinagre y agua de melisa introducida por entre sus dientes apretados, *Elena* permaneció inmóvil.

José había encontrado cabalmente en su casa al médico, que vivía cerca y acudió en seguida.

Prodigó sus cuidados a la enferma: fricciones enérgicas, pellizcos, aplicación de sinapismos en la región cardíaca.

Pero le tenían inquieto, más que la duración del síncope, los síntomas que presentaba el rostro de la paciente.

— Ha debido experimentar una emoción violentísima, dijo el doctor, después de examinarla detenidamente.

— Pobablemente. Sus cuñados partieron ayer, y al mismo tiempo, por una rara casualidad, llegó el señor de *Kerlor* de Panamá. También tuvo la visita de su madre política, que le trajo a su hijo. La vieja condesa partió esta mañana con el señorito, que dejó una carta para la señora. Al leer esa carta, le dió el accidente.

— Prepare usted su cama. Cierre las ventanas. Que vayan corriendo a traer sanguijuelas y lo que voy a recetar.

Y redactó, en efecto, una receta que entregó a la criada.

Elena abrió los ojos, pero volvió a cerrarlos en seguida, dando un grito, como si la luz la lastimase.

Su cuerpo se cubrió de un sudor frío, sus dientes rechinaron y agitaron sus miembros, como sacudidos por convulsiones.

Tendió luego las manos como rechazando una horrible visión, y exclamó con voz lastimera:

— ¡Fanfán!, ¡condenado!, ¡inocente!... ¡Jorge!

Después que la hubieron acostado, el médico la sangró.

Entonces cayó en una postración profunda. Sus brazos se extendieron en cruz y su cabeza cayó hacia atrás. Al mismo tiempo se aceleraba su respiración, y sin abrir los ojos empezó una especie de canto entrecortado por una fuerte respiración.

— ¡Fanfán! ¡Pobre Fanfán!.. Y Jorge... ¡Jorge mío!.. ¡Qué felices somos los tres! Por esto cantamos... ¡Buenos días, mi querida *Carmen*! Toma, dale un beso a Fanfán...

Teresa y *José* lloraban.

— Cuando vuelva el señor de *Kerlor* tomará las medidas necesarias, dijo el médico. Mientras tanto es preciso que reine el silencio más absoluto en torno de la enferma. Arréglense ustedes para velarla por turno y ejecutar punto por punto las prescripciones que dejo escritas en la receta. Volveré por la tarde.

— No pase usted cuidado, señor doctor.

— En cuanto a la carta que la señora leía y que ha sido sin duda la causa de su accidente, que nadie la vea. Contiene probablemente algún secreto que debemos ignorar; voy a cerrarla bajo sobre para entregársela al Sr. de *Kerlor* a la primera ocasión.

El doctor volvió por la tarde. El estado de la enferma no había hecho más que empeorar. La meningitis que él había temido desde el primer momento, era ya evidente.

Al atardecer y en el momento en que el médico se retiraba, paró un coche a la puerta.

Era *M. Lhermitte*, notario de París.

— ¡Deplorable!, dijo el notario al doctor, después de un rato de conversación con él. Un matrimonio que parece el más feliz del mundo, y de pronto se desconjunta. Pero el caso no es raro... El marido ha debido marchar otra vez para América, para el Panamá, donde parece que ha realizado pingües negocios. Solamente deja a su mujer lo que se le reconoció en el contrato matrimonial.

— ¡Pobre mujer! ¿Y qué va usted a hacer ahora?

— Tengo obligación de ejecutar las órdenes que me han dado..., tanto más cuanto que ignoro dónde está mi cliente. No quiere que su esposa continúe viviendo en esta casa, y desde luego he de poner en venta la finca.

— ¿Pero en el estado en que se encuentra la señora?

— No extremaremos las cosas.

Durante un mes, la enfermedad siguió su curso, sin que la habilidad del médico pudiese evitar las peripecias ordinarias.

A los accesos de delirio siguió un estado de abatimiento profundo. En el rostro de la enferma, de una palidez cadavérica, estaba impreso el estupor; seguían dilatadas las pupilas, sudoroso el cuerpo, deprimido, lento é irregular el pulso.

No pronunciaba una palabra; su respiración era dificultosa.

Era la muerte, la muerte próxima, inminente.

Dos hermanas de la caridad, traídas por el doctor, velaban a la cabecera, y ya sus labios murmuraban las preces de los agonizantes.

Los dos criados de la casa habían sido despedidos.

El jardinero y su mujer eran los únicos encargados de guardar el hotel hasta que se hubiese alquilado. Una noche ambos lloraban amargamente en su pabellón.

El doctor había declarado que, a menos de que se salvase por milagro, la enferma no pasaría de aquella noche.

Los dos fieles servidores habían ido a verla..., por última vez quizá.

Estaba pálida como la cera, con los ojos entornados. Los párpados dejaban ver apenas la turbia mirada de los agonizantes.

Tenía las manos puestas en cruz sobre el pecho, y de sus labios amoratados salía una respiración precipitada, pero casi imperceptible.

¿Quién sabe los pensamientos que se agitan en el cerebro de esos moribundos inmóviles y mudos! ¿Quién es capaz de adivinar lo que expresan el temblor de sus labios, la agitación de sus dedos, las largas miradas de sus ojos extraviados? Si el cuerpo no obedece ya a la voluntad, el alma vela todavía, reinando sobre la materia. Es quizá el combate entre ella y el esclavo desobediente lo que vemos reflejarse en el demudado rostro de un moribundo.

Sucede a veces que el alma sale victoriosa, que, bajo el imperio de una idea intensa, bajo el esfuerzo de una voluntad irresistible, el cuerpo se somete. El mal desaparece entonces..., como a pesar suyo, lentamente, tratando de recuperar, a cada paso dado hacia atrás, el terreno perdido. Y en esto consisten esas curas milagrosas, que pudiéramos llamar resurrecciones, y que vienen a desmentir los pronósticos más terminantes de la ciencia.

Los creyentes dicen:

— Dios ha hecho un milagro.

Esto es lo que pasó con *Elena*.

Al día siguiente, cuando volvió el doctor, la esposa del jardinero estaba a la puerta.

La interrogó con la mirada, esperando el anuncio de un desenlace funesto.

- La señora ha pasado muy buena noche, dijo la jardinera. Ha cambiado por completo desde ayer noche.

- ¿Qué quiere usted decir?

- Serían las doce, cuando empezó á echar mucha sangre por las narices. No sabíamos qué hacer. Creímos que se moría. Con las hermanas de la caridad no hicimos más que restañar aquella sangre. Al mismo tiempo su cuerpo se inundó de sudor. De pronto ella, que en tantas horas no había hablado ni se había movido, se volvió y murmuró con voz débil, pero muy clara: «Tengo sed.» Le dimos una infusión cordial. Se agitó un momento en la cama, y luego, poco á poco, su sofocación disminuyó..., hasta que cesó del todo. Ahora respira como todo el mundo. Está durmiendo, pero ya no tiene el cutis seco. Está un poco sudorosa.

El doctor subió aprisa la escalera.

Aunque inexplicable, la mejoría de la enferma era grande.

Un examen de pocos minutos bastó al médico para convencerse de ello.

Sin embargo, la convalecencia fué larga, muy larga.

Las ráfagas de otoño iban ya despojando los árboles del Parque de los Príncipes, y Elena aún no había podido pasar los umbrales de su cuarto.

El doctor, anciano, cuya sabiduría corría parejas con su modestia, lo cual le valió poca riqueza, pero sí muchas bendiciones, había cuidado de que la obra milagrosa de la naturaleza no viniese á ser destruída por alguna imprudencia.

Lo que había que rodear de minuciosas precauciones no era ya el cuerpo, sino la razón de la enferma.

- Hay que evitar cuidados, disgustos é ideas tristes, le decía el médico.

- ¿Cómo es posible, doctor, si tengo una misión que cumplir?

- Sí, lo sospecho... vagamente... Pero procure olvidar, en lo posible, todo recuerdo doloroso. Distráigase usted.

- Dios me protegerá.

- No lo dudo.

Elena escribió al notario para anunciarle su restablecimiento y pedirle informes.

El hombre fué á verla y le declaró que ignoraba en absoluto dónde se encontraba el Sr. de Kerlor.

El día después de su llegada á París estuvo en la notaría con su madre, celebrando con el notario una larga entrevista, en la cual manifestó que, habiéndose producido un gran disenso entre él y su esposa, tomaba disposiciones supremas para una separación definitiva. Al mismo tiempo había depositado bajo sobre sellado un testamento cuyo contenido desconocía el notario, y dejado á la señora doña Elena de Kerlor, en valores al portador, la suma de trescientos mil francos, reconocida en el contrato matrimonial.

Además había insistido en que se procediese á la venta inmediata del hotel del Parque de los Príncipes, venta que podía realizarse á pesar de la ausencia del Sr. de Saint-Hyrieix, copropietario de la finca, por cuanto la señora condesa madre de Kerlor era apoderada de su yerno.

- La venta de esta finca, añadió el Sr. Lhermitte, es cosa hecha. Encontré comprador; mas como usted no se halla en disposición de mudar de casa, el nuevo propietario consistente en no tomar posesión del hotel hasta que usted se encuentre restablecida. Le fijaré el plazo que usted señale.

Sacó de su cartera una porción de valores y otros papeles y con toda frialdad se los entregó á Elena, que parecía escucharlo, pero que, en realidad, pensaba en otras cosas.

Una de las ideas que con más tenacidad acudían á su mente, era la de que todo aquello que le refería el notario pasaría como un sueño, y que Jorge, vuelto de su fatal error, compensaría con doble afecto el daño que le había causado con sus sospechas, hijas de su amor apasionado.

Y acabó por sonreírse.

Suplicó al notario que cuidase de sus intereses, esperando que no tardarían en volverse á confundir con los de su marido.

- Abandonaré esta casa, puesto que no hay otro remedio; le daré á usted las señas de mi nuevo domicilio y espero que no han de faltarme el apoyo y la simpatía con que siempre ha honrado usted á nuestra familia.

- El notario se inclinó y volvió á meter todos aquellos papeles en su cartera.

- Me esforzaré, señora, en corresponder á la confianza que usted deposita en mí.

Elena estaba tan hermosa como antes de su enfermedad. Había recobrado sus fuerzas, y con la plenitud de las carnes reaparecía la frescura del cutis.

Pero sus grandes ojos azules, antes anegados en una eterna y plácida felicidad, aparecían ahora como velados por una poética melancolía.

Bajo sus párpados de largas pestañas, se sentía una lágrima próxima á brotar.

Sus labios sonrosados ya no sonreían, y sobre su frente se cernía una nube de tristeza.

Pero, con el dolor, había penetrado en su corazón una indecible fuerza, un valor indomable, una voluntad firme, irresistible, resuelta á hacer triunfar á toda costa su inocencia.

Quería volver á ver á su marido, recobrar á su hijo, reconquistar su felicidad.

Escribió una larga carta á Jorge, dándole las pruebas del error en que había caído.

Le contaba hora por hora, minuto por minuto, su vida durante la ausencia de su esposo, reprochándole el haber olvidado todas las castas caricias cambiadas junto á la cuna de su hijo, antes de acusarla de su crimen.

Le confesó que no creía en las amenazas contenidas en la carta que le dejó al partir. Suponía, tenía la seguridad de que se había llevado á Fanfán con él. Le perdonaba los horribles sufrimientos de aquel abandono, que estuvo á punto de costarle la vida, y esperaba su pronto regreso.

También escribió á la condesa madre.

Y escribió, por último, á Carmen.

Las tres cartas le fueron devueltas sin haber sido abiertas.

Llevaban en el dorso esta nota: «Desconocido.» Concisa manera de indicar que en el punto de la dirección no conocen al destinatario.

Cada una de aquellas tres devoluciones fué como una puñalada en el corazón.

Lloró amargamente, quejándose de que Dios no la hubiese dejado morir.

Luego oró y del fondo de su desesperación surgió una esperanza.

Siendo inocente, no podía ser condenada sin defensa ni forma de juicio.

Necesitaba un juez.

Tenía uno: la anciana condesa de Kerlor. Esta la juzgará con conocimiento de causa.

Abrazando á Fanfán, que suponía en casa de su abuela, jurando decir la verdad sobre la cabeza del angelito, ¿no hallaría esos acentos que una madre encuentra siempre y que llevan la convicción al ánimo de otra madre?

La altiva condesa sufriría sin duda mucho en su orgullo, al ver que la culpable era su hija.

Pero Elena estaba dispuesta á amortiguar el golpe á fuerza de ternura y de respeto.

Había que resignarse á tan tremenda revelación, pues combatía por sus dos tesoros: su esposo y su hijo.

Además había llorado y sufrido tanto, que no se sentía con fuerzas pará continuar sufriendo aquel martirio que la abrumaba.

Elena se fué á Brest acompañada de su camarera.

Al llegar, su primera diligencia fué ir á casa del notario de la familia, M. Dieudonné, á fin de recoger informes.

El notario estaba ausente y su pasante no conocía á la condesa más que por haber intervenido algo en sus asuntos.

Sin embargo, refirió á Elena que la noble señora había tenido que soportar, hacía un par de meses, una peligrosa operación, para la cual había venido un célebre cirujano de París. Pero ignoraba si la operación había salido bien y el estado en que se encontraba la condesa. Lo único que sabía con certeza era que la anciana se encontraba en el castillo de Penhoet.

Al día siguiente al amanecer, Elena y su doncella subían al coche que había de conducir las al castillo.

Hacía un tiempo magnífico.

El camino evocó felices recuerdos en la memoria de Elena.

De pronto se le apareció Penhoet, dominando, desde una altura, la campiña por un lado y el Océano por otro.

El coche paró á la puerta.

La reja estaba abierta, pero no se veía á nadie en el patio.

En el inmenso edificio reinaba triste silencio.

Parecía inhabitado ó envuelto como en un velo fúnebre por alguna terrible desgracia.

Invadió á Elena un frío glacial que hizo temblar todo su cuerpo.

Subió la escalinata.

En el momento en que iba á abrir la puerta del vestíbulo, irguióse delante de ella un hombre, pálido, temblando de emoción.

- ¡Usted aquí, señora! ¡Usted!..

Era el viejo Ivo, el fiel criado de la condesa, un

bretón nacido en Penhoet, y para quien el sacrificarse por sus amos era una religión tan sagrada como la religión católica apostólica romana.

- ¡Usted aquí!.., repetía tendiendo el brazo como para impedir que entrase.

- Sí, yo soy, mi buen Ivo; vengo á ver á mi suegra.

- La señora condesa no puede recibir á usted.

- ¿Por el momento?.. ¿Me vió entrar?

- Ni ahora ni nunca.

- ¿Qué dice usted, Ivo?

- Siento tener que decir á usted que tal es la orden que tenemos recibida todos los criados de la casa. Seríamos despedidos irremisiblemente si le permitiésemos á usted la entrada...

- ¿A mí?

- Sin la desgracia de hoy, hubiera usted encontrado la verja cerrada.

- ¿Qué desgracia?

- Tengo orden de no decir á usted nada de lo que pase ó haya ocurrido en el castillo.

- Se equivoca usted, Ivo. Usted sabe muy bien que soy la hija política de la señora.

- La señora condesa nos tiene dicho que consideremos á su hijo como viudo.

- Soy la madre de su nieto.

- Usted dispense, señora, pero yo no sé más que obedecer. Tenemos orden de... echarla, si entra usted aquí.

- ¡Echarme!

- La orden es terminante. Y, por desgracia, es demasiado tarde para que la señora condesa vuelva sobre su acuerdo.

- ¿Y mi hijo?

- El señorito Gastón de Kerlor, nieto de la señora condesa, murió, según dijo la señora.

- ¡Muerto! ¡Mi hijo!.. Usted miente, Ivo. Está aquí.

- Juro á usted, señora, que el señorito Gastón no ha vuelto al castillo desde que la señora condesa se lo llevó á París.

- ¿Dónde está entonces?

Este grito fué dado con un acento tan desgarrador, que el viejo Ivo palideció.

- ¡Mi hijo! ¡Que me devuelvan á mi hijo!

Y en un arranque de dolor, dió un empujón al criado que le cerraba el paso y subió á toda prisa la escalera.

Ivo echó á correr detrás de ella, pero en vano.

Elena corría de un punto á otro, cruzando corredores, abriendo puertas, atravesando todas las estancias de aquella morada, que tan conocida le era.

De pronto, en el salón principal se detuvo cohibida. La puerta que ponía en comunicación esta sala con el cuarto de la condesa estaba abierta de par en par, y una muchedumbre de campesinos y criados oraba de hinojos en voz baja.

En su gran lecho señorial, colocado en una tarima de tres escalones, la anciana condesa de Kerlor se moría.

Incorporada merced al apoyo de las almohadas, con un crucifijo en la mano, oía la misa que el capellán celebraba en un altar improvisado al pie de la cama, y sus labios descoloridos balbuceaban también oraciones.

Al ver entrar á Elena, su rostro, pálido como la cera, experimentó un estremecimiento.

Pareció que una lágrima se asomaba á sus ojos.

Tendió el brazo...

¿Era para bendecir ó para maldecir?

Los campesinos miraban con asombro.

De pronto, la campanilla sonó en manos del monaguillo, y todas las frentes se inclinaron.

El cura levantó la hostia consagrada.

La anciana condesa se había interrumpido en su gesto.

Su mano permanecía tendida, agitándose débilmente.

Su frente se inclinó también y sus labios murmuraron...

- ¡Dios mío!..

Entonces, como inspirada, Elena atravesó el gentío y se acercó á la moribunda.

Y con voz firme, impregnada de un irresistible acento de verdad y desesperación, exclamó:

- ¡Madre!.. Ante Dios que está presente, ante ese Dios cuya justicia y misericordia usted implora, en el momento de ir á comparecer ante su tribunal supremo, juro que soy inocente del crimen de que se me acusó.

Hubo un momento de silencio solemne.

El sacerdote se detuvo y volvió la cabeza. A una señal suya, los oyentes, humillados bajo el peso de una indecible emoción, se retiraron silenciosamente al fondo de la inmensa cámara, donde continuaron orando de rodillas.

(Continuará)

ATENEIO BARCELONÉS

EXPOSICIÓN DE RADIOGRAFÍA

El adjunto grabado reproduce parte del salón de cátedras del Ateneo Barcelonés, donde ha tenido lugar recientemente la primera Exposición de radiografías que, sin duda, se ha celebrado en España. Los trabajos expuestos pertenecen á los doctores Comas y Prió, jóvenes médicos que se dedican especialmente á las aplicaciones de los rayos Röntgen á la Medicina, habiendo conseguido obtener en su gabinete, montado con los más perfectos aparatos que hoy se conocen, trabajos notabilísimos que en nada ceden á los mejores conocidos de Alemania y otras naciones.

La Exposición ha sido presentada con sencillez y buen gusto artístico. Los numerosos trabajos que la forman revelan en sus autores condiciones especiales en el arte de la fotografía, pues nada dejan que desear, desde este punto de vista, hasta en los más pequeños detalles. Sin embargo, el verdadero valor de las radiografías que pudimos examinar en el Ateneo está en su importancia médica. Los órganos internos se dibujan con tanta limpieza y detalles tan delicados, que no hay duda han de ser de mucha utilidad para el médico en gran número de enfermedades.

De entre los muchos y variados ejemplares que formaban la Exposición, reproducimos en este número la radiografía de un feto de nueve meses; las partes más densas ú óseas se dibujan perfectamente, á pesar de su estado semi-cartilaginoso, hasta en los más delicados detalles de estructura, lo cual hace concebir la esperanza de que será posible, en un plazo no muy lejano, el diagnóstico del embarazo, uno de los que ofrecen más dificultades hoy por hoy, pues sólo puede realizarse en condiciones especialísimas. Los doctores Comas y Prió trabajan en el sentido indicado, y prueba de los tanteos verificados lo es la colección de fetos de todas edades que presentaron en el Ateneo, de la cual forma parte el ejemplar que reproducimos.

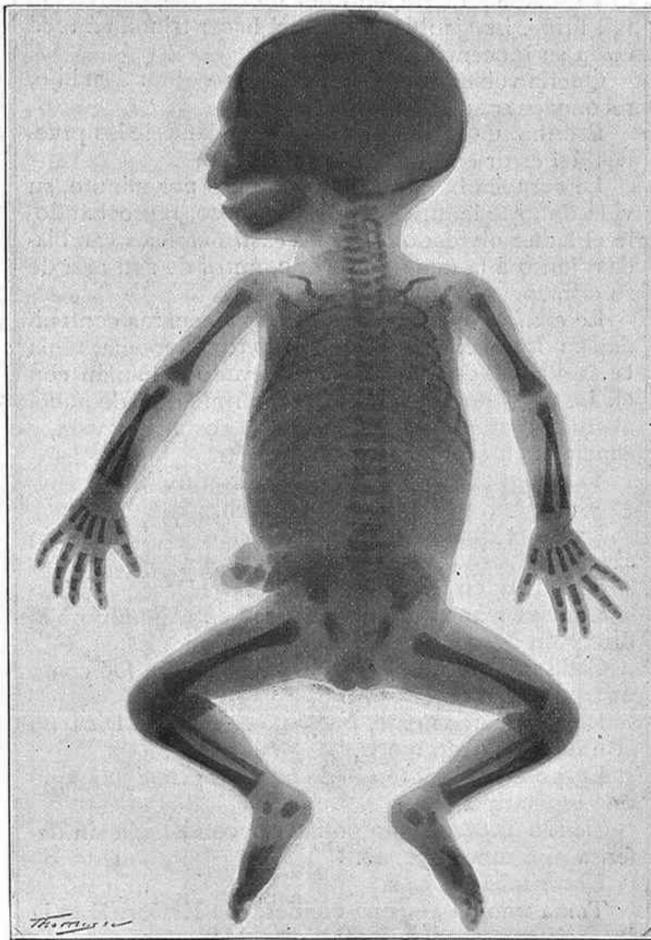
Aunque de interés exclusivamente médico, bueno será detallar alguna de las principales aplicaciones clínicas de los rayos Röntgen. Los casos reunidos por los doctores Comas y Prió demuestran evidentemente la importancia de la Radiografía Médica y el beneficio inmenso que su aplicación puede reportar para el diagnóstico de gran número de enfermedades, no sólo de las comprendidas en el capítulo de las llamadas quirúrgicas, sino también en el de las médicas ó internas. Ya es del dominio público el conocimiento de la investigación de los cuerpos extraños introducidos en el organismo,

tales como proyectiles, agujas, monedas, etc. Las radiografías de regiones orgánicas que encierran algún cuerpo metálico demuestran con cuán diferente intensidad se señalan los objetos en el clisé según sea su densidad y naturaleza; este hecho es el que ha servido de base para el perfeccionamiento técnico progresivo que se observa actualmente en la Radio-

tubos focos perfeccionados, nuevos interruptores, placas de rápida impresión, reveladores especiales, pantallas para reforzar las imágenes, etc. De todo este cúmulo de materiales, nuevos ó modificados, no hay duda que es preciso practicar una selección para separar todo lo menos útil — ya que en el terreno experimental nada puede considerarse como inútil — y escoger lo que en realidad proporcione resultados más excelentes, con la bien entendida idea de que precisa renovarlos continuamente, pues la fuente resulta inagotable. Tal es la labor comenzada por los doctores Comas y Prió, y así lo dan á comprender con sus trabajos, en los que, estudiados atentamente, pueden apreciarse detalles que indudablemente pasarán inadvertidos para un observador ligero; no se diferencia en ellos solamente el cuerpo metálico del hueso, y éste de los cuerpos musculares que le rodean, sino que se aprecian delicadísimas imágenes y tintas, indicadoras de densidades diversas en un mismo hueso ó en la masa carnosa, señalando de esta manera al práctico la diferente naturaleza de los tejidos, ya sea normal, ya modificada por un proceso patológico. Por este camino se han llegado á reproducir en el clisé la masa más ó menos voluminosa y oscura del aneurisma torácico ó la del líquido coleccionado en una pleura sobre el fondo blanco del pulmón en que se proyectan; los focos tuberculosos, inflamatorios ó congestivos pulmonares, señalándose con mayor ó menor intensidad según su extensión y naturaleza; las piedras encerradas en el riñón ó en la vejiga; las colecciones purulentas, los tumores, etc., etc. De todos estos y otros muchos casos hemos podido examinar en el Ateneo curiosísimas y excelentes radiografías.

Las radiografías de regiones normales del cuerpo son también notables por su claridad y por la importancia que encierran, en el concepto de servir de base para el estudio, principalmente de los mismos órganos en estado de enfermedad; pues gracias á ellas, al presentar el caso patológico se pueden comprender fácilmente, por una sencilla comparación, las alteraciones de figura, situación ó transparencia que lo constituyen.

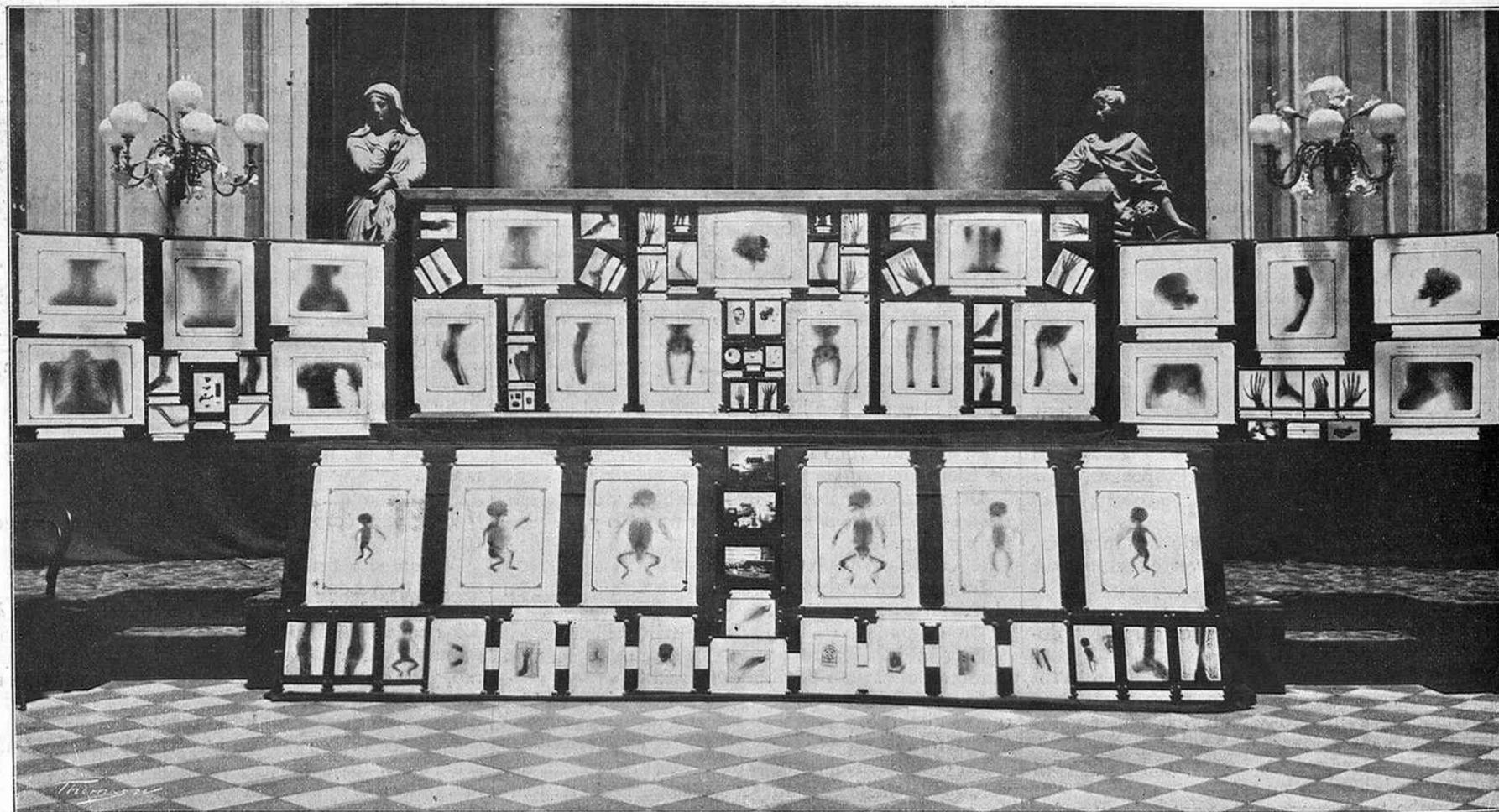
Nos complacemos, pues, en dar cabida en nuestras páginas á trabajos de la naturaleza de los expuestos en el Ateneo Barcelonés por los doctores Comas y Prió, que demuestran una vez más cuán engañados viven los pesimistas que creen haber muerto en nuestra nación las energías dedicadas á trabajos físicos y experimentales. La parte artística de la Exposición la hace también merecedora de que nos ocupemos de ella en nuestra Revista, cuyo principal objeto es presentar y estudiar el Arte en sus diversas manifestaciones. — X.



Radiografía de un feto de nueve meses, obtenida por los Sres. Comas y Prió

grafía, estudiando y apurando hasta la abstracción los menores detalles y procedimientos operatorios y el material eléctrico y fotográfico de que se dispone.

La industria verdadera y seria, que siempre marcha al compás de la ciencia, lo ha comprendido prontamente así, y ya hemos visto con qué rapidez ha procurado facilitar la obra comenzada, proporcionando al investigador aparatos de inducción potentes,



EXPOSICIÓN DE RADIOGRAFÍAS DE LOS SRES. COMAS Y PRIÓ EN EL ATENEIO BARCELONÉS

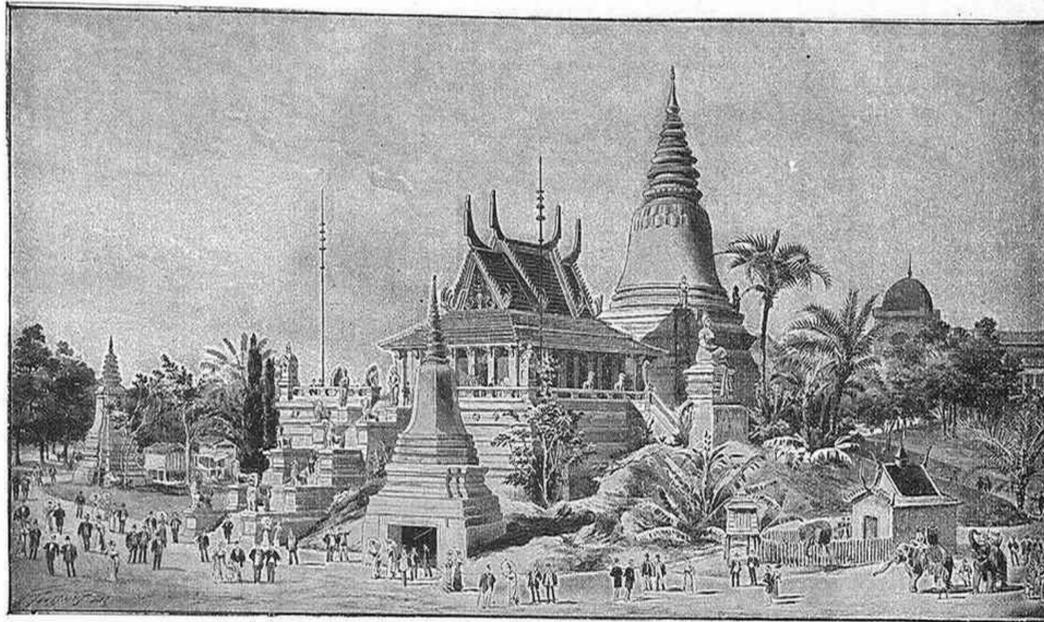
ENSAYOS

DE ELECTROCULTURA

Después de muchos años de no interrumpidas experiencias, la electrocultura ha entrado finalmente en su período de aplicación, hasta el punto de que en los Estados Unidos, y especialmente en Chicago, el cultivo de las lechugas en invernaderos especiales provistos de lámparas de arco, constituye una industria que da muy buenos resultados.

El uso de las corrientes eléctricas para estimular la vegetación no ha tenido todavía una sanción práctica en Europa, á pesar de que su estudio data de más de cincuenta años, puesto que fué iniciado por Ross en 1844. Una comunicación presentada recientemente por M. Tywrin á la Sociedad electrotécnica de San Petersburgo, contiene, sin embargo, algunos detalles interesantes sobre los trabajos realizados en este sentido en Rusia por los Sres. Spvshneff y Kravkoff.

M. Spvshneff ha hecho tres clases de experimentos: en primer lugar, ha repetido los ya conocidos sobre las semillas electrizadas, comprobando que éstas germinan más de prisa y producen mejores frutos y más abundantes cosechas (de dos y media á seis veces más) que las semillas no sometidas á una previa electrización. Después ha continuado los experimentos de Ross enterrando en el suelo una plancha de cobre y otra de cinc unidas por un alambre, y ha visto que las patatas y las remolachas que crecen en los sitios así electrizados dan cosechas tres veces superiores á las que crecen en terrenos análogos é inmediatos cultivados en las condiciones ordinarias.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. — El palacio del Cambodge

Por último ha plantado en un campo de experimentación, y á unos diez metros de distancia unas de otras, estacas de madera provistas en su extremo de unos penachos metálicos unidos entre sí por medio de alambres formando en el suelo una especie de red, y ha obtenido resultados sorprendentes: el crecimiento de la cebada, entre otros, se aceleró doce días.

Muy recientemente M. Kravkoff ha emprendido, á su vez, una serie de experimentos de laboratorio que le han permitido demostrar que, aumentada por la corriente eléctrica la temperatura del suelo, la humedad de éste disminuye de pronto para aumentar al cabo de tres semanas aproximadamente, aumentando asimismo la cantidad de tierra vegetal.

Bueno sería que se generalizasen estos experimentos, ya que de su aplicación cabe esperar inmensos beneficios.

bien, oíen el mal, practiquen la virtud y sean felices en la tierra hasta donde es posible,» y el mayor elogio que de él puede hacerse es consignar que llena cumplidamente tan levantados propósitos. En efecto, cada uno de sus capítulos contiene una explicación clara y metódica de una idea moral, y como ilustración de la misma, algunos ejemplos, trozos de lectura selectos, máximas, aforismos, etc., tomados de los mejores moralistas. El Sr. Spínola ha prestado un buen servicio á la juventud y merece por ello los más calurosos elogios. El libro ha sido impreso en Guatemala en la Tipografía Nacional.

VEINTE AÑOS DE LABOR. — Este libro, publicado para conmemorar la inauguración de una enfermería y capilla de la quinta de salud «La Purísima Concepción,» es una historia de la «Asociación de dependientes del Comercio de la Habana,» entidad cuya importancia se demuestra con sólo decir que cuenta más de doce mil socios. En él se admiran los beneficios que produce y los progresos que la asociación ha ido realizando desde 1880 en que se fundó hasta llegar al estado de prosperidad en que actualmente se encuentra. Ha sido impreso en la Habana en la imprenta del *Avisador Comercial*.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

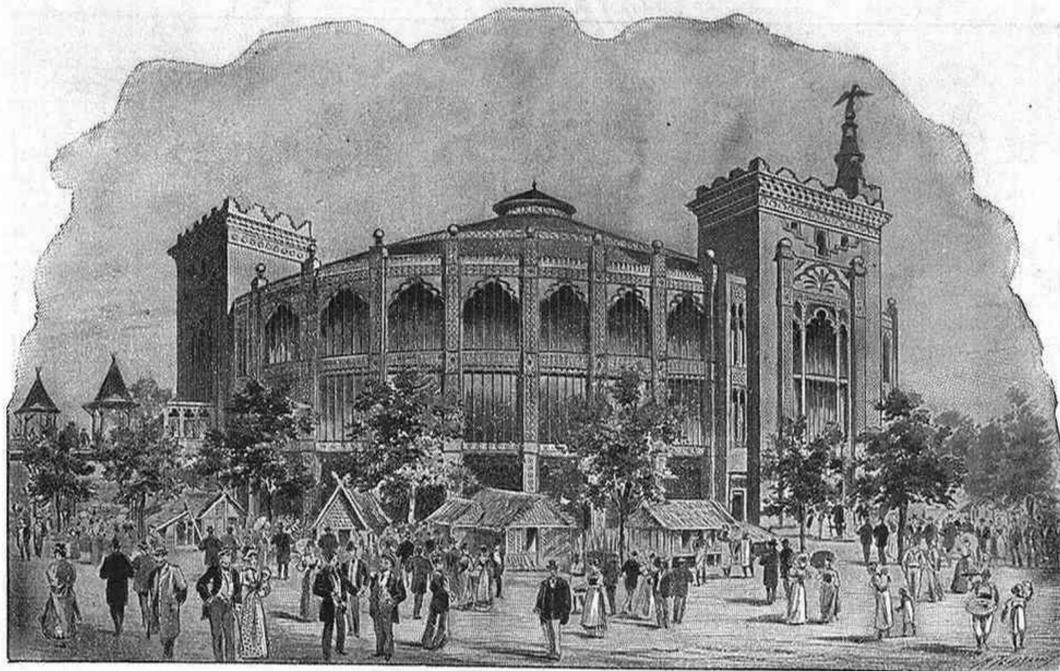
ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

EL APIOL de los D^{os} JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abaloes, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
 prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.*
 102, Rue Richelieu, París, y en todas farmacias del extranjero.

APUNTES RELATIVOS Á LA REPOBLACIÓN FORESTAL DE LA SIERRA DE ESPUÑA, por R. Codorniu. - CATÁLOGO DE LOS OBJETOS PRESENTADOS POR LA COMISIÓN DE REPOBLACIÓN DE LA CUENCA DEL SEGURA EN LA EXPOSICIÓN AGRÍCOLA, INDUSTRIAL, MINERA Y DE BELLAS ARTES DE MURCIA (ABRIL Y MAYO DE 1900). - El problema de la repoblación forestal es indudablemente uno de los que más interesan en nuestro país y de los que más urgente solución exigen si se quiere que nuestro suelo tenga las condiciones que por su naturaleza ha de tener. Desde este punto de vista es importantísimo el libro que acaba de publicar el distinguido ingeniero de montes Sr. Codorniu, en el que se estudia tan trascendental cuestión en términos generales, se indican los grandes trabajos realizados en la sierra de Espuña por la comisión oficial de que formó parte y se señalan los inmensos beneficios allí obtenidos. La obra que nos ocupa revela el estudio profundo que de esta materia ha hecho el autor y es digna de ser leída y meditada por cuantos desean la regeneración de nuestra patria. De los servicios prestados por la comisión antes citada, es buena muestra el catálogo de lo que ha presentado en la Exposición recientemente celebrada en Murcia. El libro del Sr. Codorniu, impreso en la tipografía murciana de Las Provincias de Levante, se vende á dos pesetas.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS. - Pabellón de Madagascar

METALES, por Montellano del Corral. - La conocida casa editorial barcelonesa de D. Manuel Saurí ha comenzado á pu-

blicar con el título de «El consultor de Artes y Oficios» una biblioteca, cuyo solo título demuestra la utilidad que ha de reportar á los industriales y á la clase jornalera. El primer tomo de dicha biblioteca, titulado *Metales*, contiene un detenido estudio del hierro, acero, cobre, latón, aluminio, estaño, mercurio, ní-

quel, platino, plata y oro en sus diversas aplicaciones; una explicación clara y completa de los procedimientos para desoxidar, limpiar, conservar, abriantar, dorar, platear, broncear y adamasar, y un interesante capítulo titulado *Secretos de taller*. Este libro, con cuya publicación han prestado autor y editor un buen servicio á los que se dedican á la industria metalúrgica, se vende á dos pesetas en la librería de Arturo Simón (Rambla de Canalejas, 5).

POESÍA SOCIALISTA «A LA NOBIA», por José Puig y Roig. - Como su título indica, esta obra del poeta uruguayo Sr. Puig y Roig es un himno entonado en honor de las ideas socialistas, en el que se resumen las quejas que esta escuela lanza contra la actual organización de la sociedad y las reivindicaciones con que pretende remediar los males que de ella se derivan. Ha sido impresa en Montevideo y se vende á 20 centésimos.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer, revista mensual de Villanueva y Geltrú; *Revista contemporánea*, quincenal madrileña; *Miscelánea*, semanario ilustrado madrileño; *El Arte Militar*, revista quincenal que se publica en Burgos; *Idearium*, revista quincenal granadina de Literatura y Arte; *La Unión Española*, diario defensor de los intereses de los españoles residentes en Cuba, que se publica en la Habana; *Boletín de Enseñanza primaria*, que se publica cada dos meses en Montevideo por la Dirección general de Instrucción Pública del Uruguay.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APOLI DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf y EN TODAS FARMACIAS.

ENFERMEDADES DEL
ESTOMAGO
 PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendadas contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigir el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
 la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G RAGEAS al Lactato de Hierro de G GELIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{an}-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APOLI DE LOS JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FA. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 onzas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILAVOIE. DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN